




3 1761 08831811 8

UNIV. OF  
TORONTO  
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto

# EN EL SENO DE LA MUERTE

LEYENDA TRAGICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

J O S E E C H E G A R A Y

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 12 de abril de 1879.



DÉCIMACUARTA EDICIÓN



TIP. YAGÜES

CALLE DEL DOCTOR FOURQUET, NÚM. 4  
MADRID

2

---

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni presentarla en España y sus posesiones, ni en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los representantes de la Sociedad de Autores son los exclusivamente encargados de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

---

---



AL EMINENTE ACTOR

Don Rafael Calvo

*A usted que, con su gran talento y con su altísima inspiración, ha dado vida a este drama, el sublime horror trágico a que yo aspiraba a su pensamiento, y a mí un triunfo que nunca olvidaré, dedico esta obra en prueba de gratitud, de amistad y de admiración.*

José Echegaray.

# REPARTO.

PERSONAJES	ACTORES
DON JAIME, Conde de Argelez...	Sr. Calvo (D. Rafael).
BEATRIZ, Condesa... ..	Sra. Dardalla.
Manfredo, bastardo de Argelez...	Sr. Calvo (D. Ricardo).
JUANA... ..	Sra. Calderón.
ROGER, escudero... ..	Sr. Peña.
BERENGUEL, alcaide... ..	Guerra.
DON PEDRO III DE ARAGON.	Jiménez.
LAURIA... ..	Corral.
MARQUET... } <b>capitanes</b> , .....	Calvo (D. Fernando
BARROSO... }	López Chico.
ZURITA... .. } <b>soldados del rey</b> .	C. Revilla.
CABRERA... }	Calvo (D. José).
UN PAJE, que habla... ..	Miralles.

*Pajes, escuderos, capitanes, almogávares, etc.*

*Año 1285 en Aragón*

El primer acto es un castillo de los Pirineos. El segundo y tercero en el castillo de Argelez, también en los Pirineos



## ACTO PRIMERO

*La escena representa el salón principal de un castillo roquero, próximo a una pequeña villa, ambos situados en las gargantas de los Pirineos. Ventana a la derecha: a la izquierda dos puertas: puerta en el fondo. Estilo severo. A la izquierda mesa y sillón blasonado. Es la caída de la tarde.*

### ESCENA PRIMERA

ROGER DE PERALADA, *en primer término. Por el fondo, un momento después, BERENGUEL DE LAS PANIZAS*

BER. Dios guarde al buen Peralada.

ROGER Dios traiga para algo bueno al alcaide de la torre, que en este maldito cerco, más nos importa guardar contra el francés, por don Pedro.

BER. Mientras tenga Berenguel las llaves del «torreón viejo», quien entre al grito de «¡Francia!» en él, dejará los huesos; que aquella vetusta mole y aqueste almogavar fiero, no reconocen más rey de Valencia al Pirineo, que el monarca de Aragón. el noble «Pedro tercero. (*Saludando*).

ROGER Me agrada en tí ese lenguaje.

BER. ¿En qué ocasión, ni en qué tiempo, no afirmé con mis palabras

lo que proclaman mis hechos?  
¿Dudas de mí?

ROGER

¡Yo dudar!...

BER.

¿No? Pues por tí lo celebro.

ROGER

Es, Berenguel, que muy tristes  
son los años que corremos,  
más fecundos en infamias  
que ricos en escarmientos.  
Que la «dealtad» anda viuda,  
porque no hay un caballero  
que la despose, y en cambio,  
«la traición» los halla a cientos.  
No hay amigo del amigo,  
ni los deudos son ya deudos,  
ni hay hermano para hermano  
si anda la ambición por medio.

BER.

Dígalo el que el Rosellón  
ha vendido al reyezuelo  
que entre un «legado del Papa»  
y el «rey de Francia» soberbio,  
mandó Roma vengativa  
a recoger de este suelo  
la noble y férrea corona  
de don Jaime y de don Pedro.  
El «de» abrió nuestras fronteras:  
¡mal rayo le hubiera abierto!  
mas a cerralas venimos  
con peñascos y con pechos,  
y el Pirineo es muy duro,  
y el aragonés muy terco.

ROGER

¡Ojalá que todo salga  
a medida del deseo!  
Pero asómate a las torres  
de este castillo roquero,  
y verás la odiosa hueste  
en que nos vemos envueltos,  
apretando sus anillos  
contra nuestros muros viejos.  
¡Ah, Berenguel, que no bastan  
duras piedras, nobles pechos,  
para atajar el torrente  
que asoma por esos cerros!  
El mismo Carlos de Francia,  
de sus fuerzas con el grueso,  
se nos vino por sorpresa  
encima.

BER

Ya le tendremos  
debajo, que para todo



se encuentra manera y tiempo.  
Como el Conde de Argelez,  
(*Con misterio*).  
de aqueste castillo dueño,  
quiera resistir...

¡Don Jaime!...

Si hay un hombre en todo el reino  
capaz de arrancar al diablo  
corona, cabeza y cetro,  
ese hombre es el Conde. Y pon  
en lo que dices más tiento.

~~BER.~~

Ni dudo de su coraje,  
ni hay varón de más esfuerzo,  
ni en las torres de Argelez  
nació mejor caballero.

Peró el hombre, al fin es hombre,  
y si lo que hay aquí dentro  
(*Golpeándose el pecho*).  
está en poder de una hermosa,  
ya no es suyo.

ROGER

¿Y temes?...

BER.

Temo

que la Condesa le apoque,  
y que en llegando el momento  
del estrago, por salvarla,  
abra el muro al extranjero.  
Ya lo dije.

ROGER

Y si lo dicho  
no recoges, te prevengo  
que a estocadas volverá  
(*Poniendo mano al puño de la espada*).  
a tu garganta de perro.

BER.

Es poco hombre Peralada  
para Berenguel el viejo.  
No bastan manos de niño  
para tan curtidos cueros,  
y son dardos mis palabras  
que se meten carne adentro.

ROGER

En eso sí que verdad  
dijiste.

BER.

Pues ya lo creo.  
En eso y en todo, y siempre,  
sé lo que digo, mancebo.  
En este castillo sobran  
mujeres: y me refiero  
a la Condesa; y si acaso  
no te basta, darte puedo  
otro nombre: cierta Juana,

esposa de un escudero,  
sin tacha como soldado,  
pero como hombre sin seso.  
ROGER Y por si no te bastase  
morder al Conde, tu dueño,  
y ultrajar a la Condesa  
con tus malos pensamientos,  
¿babeas contra mi Juana  
lo que queda de veneno?  
Pues probemos si es tan duro.  
como dices tu pellejo,  
que ya no te aguanto más  
insolencias, ¡vive el cielo!  
(*Desnuda la espada*).  
BER. ¿Qué, te empeñas?  
ROGER ¿No lo ves?  
BER. Pues probemos. (*Lo mismo*).  
ROGER Pues probemos.

ESCENA II

ROGER, BERENGUEL, BEATRIZ y JUANA. *Las dos últimas por la izquierda, primer término; Juana hace un movimiento; la Condesa la contiene. Los pajes se retiran después de dejar las luces sobre la mesa*

ROGER ¡La Condesa! (*Bajando su acero*).  
BER. ¡La Condesa! (*Lo mismo*).  
BEATRIZ ¡Roger!  
ROGER ¡Señora!  
BEATRIZ ¿Qué es eso?  
¿Es que ya no hay enemigos  
en los altos Pirineos,  
y armas que huelgan afuera  
distracción buscan adentro?  
¿Es que al ver a los franceses  
guardar tan poco respeto  
a esos muros señoriales  
queréis los dos no ser menos?  
BER. (*Envainando la espada; lo mismo Roger*).  
Perdóneme mi señora;  
hice mal y lo confieso.  
BEATRIZ ¿A qué vienes?  
BER. Me llamó  
el Conde y aquí le espero.  
BEATRIZ Salió a visitar los fuertes,  
las atalayas y puestos  
avanzados, y no sé

cuándo volverá.

BER.

Si es eso,  
y licencia concedéis...  
(*Como para retirarse.*)

Hago falta hace ya tiempo  
en mi torreón. Cuando cierre  
la noche vendré de nuevo.

BEATRIZ

¡Adiós Berenguel!

BER.

(*Saludando para salir.*) Señora...

ROGER

(¿Cuándo podré verte?)  
(*En voz baja.*)

BER.

(*Lo mismo.*) (Luego):  
(*Vase Berenguel por el fondo.*)

### ESCENA III

BEATRIZ, JUANA y ROGER

*Beatriz se sienta junto a la mesa; Juana y Roger  
a su lado, en pie*

BEATRIZ

¿Por qué reñáis?

ROGER

Ese hombre  
infunde a todos sospechas.  
Si en el castillo no hay brechas  
todavía, ¡por mi nombre!  
que abrirlas al enemigo  
puede de noche un traidor,  
y que la brecha mejor  
para un muro es un postigo.

BEATRIZ

Berenguel fué siempre leal.

ROGER

Eso pensé yo también.

BEATRIZ

¿Y ahora no lo piensas?

ROGER

¿Quién  
se libra de pensar mal?

BEATRIZ

¡Sin pruebas!

ROGER

Alguna tengo,  
y con ella brego y lucho.

BEATRIZ

Pues habla, que ya te escucho.

ROGER

Pues a la verdad me atengo.  
(*Pausa. Se acerca con misterio a la Con-  
desa.*)

Anoche, para cumplir  
orden que el Conde me dió,  
ya muy tarde, bajé yo  
al subterráneo que abrir,  
como encubierto camino,  
hizo el Conde Bonifacio  
desde este antiguo palacio  
hasta el collado vecino.

Sabéis que rodeando pasa  
del torreón viejo el cimientó,  
que en él busca fundamento  
que su enorme cueva rasa,  
y que de ella, bien o mal,  
le separan noche y día  
un muro de cantería  
y una verja de metal.  
Por la angostura avancé  
con la linterna tapada;  
llegué a la verja cerrada,  
me detuve y escuché.  
Sombras: silencio medroso:  
húmedo y frío el ambiente;  
y por encima el torrente  
que viene a llenar el foso.  
A pasar iba más lejos,  
cuando en la cueva de al lado,  
y por entre el enrejado,  
vi de una luz los reflejos.  
Me asaltan extrañas dudas;  
me paro y miro al través;  
son Berenguel y un francés,  
los dos con cara de Judas.  
Escucho, pero no hay modo  
de entender su charla eterna;  
salen por una poterna...

BEATRIZ ¿Y el Conde?

ROGER Lo sabe todo.

Por eso le llama aquí,  
y él por eso teme el daño.

BEATRIZ Es extraño.

ROGER Muy extraño.

JUANA ¡Don Jaime!

(*Mirando al fondo.*)

ROGER (*Lo mismo.*) Don Jaime, sí.

#### ESCENA I V

BEATRIZ, JUANA, ROGER y DON JAIME

*Este aparece en la puerta del fondo con algunos capitanes. Allí se detiene y habla con ellos. Viene con loriga, guanteletes y casco, o como el actor crea oportuno, dado que acaba de efectuar un reconocimiento*

JAIME (*En el fondo, como dando órdenes.*)

De asalto al menor asomo,  
la campana el aire hiera;



de trecho en trecho una hoguera  
para derretir el plomo;  
las catapultas armadas,  
los honderos prevenidos,  
los hierros enrojecidos  
y las estopas mojadas.  
Esta noche no hay reposo,  
que en el campo hay movimiento,  
y que vengan al momento  
Lauria, Marquea y Barroso.

*(Los capitanes se retiran. Don Jaime avanza quitándose el casco y los guanteletes.)*

BEATRIZ

¡Jaime!... ¡mi Jaime!...

JAIME

¡Beatriz!

BEATRIZ

¿Temes algo?

JAIME

Por mí nada:  
por tí, todo, prenda amada.  
¿Hablaste? *(A Roger con afán.)*

ROGER

Hablé con Ortiz.

JAIME

*(Llevándole aparte y en voz baja.)*  
¿Y dará paso seguro  
el francés?

ROGER

Buenas son esas:  
cien doblas aragonesas,  
mejor que el mejor conjuro,  
en el diablo hacen desmoche  
y le truecas en cordero.

JAIME

¿Y él responde?

ROGER

Por entero.

JAIME

¿Y ha de ser pronto?

ROGER

Esta noche.

JAIME

¡Gracias a Dios! Me has quitado  
horrible peso de encima.  
Porque sé que se aproxima  
el trance desesperado;  
que está Carlos prevenido,  
que sus máquinas apresta,  
que ya cruje la ballesta,  
que ya el arco está tendido;  
y antes que luzca sus galas  
la aurora del nuevo día,  
veremos con agonía,  
por cien flotantes escalas  
sujetas con garfios duros  
cual del jabalí los perros,  
los franceses de esos cerros  
colgándose a nuestros muros.  
Oye, Juana. *(En voz alta.)*

- JUANA Mi señor.
- JAIME ¿Amas mucho a tu marido?
- JUANA Cumplo lo que he prometido  
por mi Dios y por mi honor.
- JAJME Para el rey pliegos le dí,  
y paso pude lograrle,  
¿Tú quieres acompañarle?
- JUANA (*Sin poder dominar su contento.*)  
¿Fuera del castillo?
- JAIME Sí.
- JUANA ¿Y vos me lo preguntáis?
- JAIME Pues bien, prepáralo todo.  
Y tú le explicas...  
(*Volviéndose a Roger; éste hace una señal  
de inteligencia.*)
- JUANA ¿Y hay modo?
- JAIM- De que esta noche salgáis.
- JUANA ¡Pero dejaros! Jamás.  
(*A Beatriz, con cariño.*)  
podré yo salir sin vos.
- BEATRIZ Padre y madre, dijo Dios,  
por tu esposo dejarás.
- ROGER En la colina cercana  
(*Como dando prisa.*)  
está esperando el francés.
- JAIME (*A Juana, separándola de Beatriz.*)  
De eso hablaremos después.
- JUANA Adiós, señora.
- BEATRIZ Adiós, Juana.  
(*Vanse Juana y Roger por izquierda pri-  
mer término.*)

ESCENA V

BEATRIZ y DON JAIME

- JAIME Pálido está tu semblante  
y tristes están tus ojos.  
¿Tienes enojos?
- BEATRIZ ¿Enojos  
con esposo tan amante,  
con mi Jaime, con mi bien?  
Si contigo me enojara,  
¿para quién, Jaime, guardara  
mi cariño? ¿Para quién?
- JAIME Las angustias del asedio,  
sus martirios, sus rigores,  
pudieran darte temores,  
o al menos tristeza y tedio.

BEATRIZ No; te equivocas; jamás tan dichosa me he sentido. El mismo Dios ha querido reunirnos, y tú verás como este lazo es tan fuerte que resiste, y no te asombres, a la maldad de los hombres y al estrago de la muerte.

JAIME ¡Ah, pobre niña, mecida en la cuna de mis brazos desde que en divinos lazos despertaste a nueva vida! ¿Qué sabes tú del deshecho furor de esta horrible empresa; si siempre estuviste presa en la cárcel de mi pecho? Si el mundo no conociste, ni entre sus olas luchaste; si a mí tan solo adoraste y a ninguno aborreciste. Si yo forjé en mis castillos, entre enamorado y terco, de mis manos con el cerco, tus esposas y tus grillos. Si jamás llegó el dolor en tu blanco seno a herir; si a nadie viste morir mas que a tu Jaime de amor. ¡Qué sabes tú del delirio que infunde al hombre la guerra, si no sentiste en la tierra más martirio que el martirio que impuso a tu blanca tez, algún beso enamorado en el carmín dorado de mi torre de Argelez!

BEATRIZ Ese recuerdo tenaz de aquellos tiempos ¡me mata!

JAIME Sí, Beatriz, bien se retrata el dolor sobre tu faz.

Ahora la muerte doquiera; muy pronto el asalto fiero...

Oye, Beatriz, yo no quiero...

BEATRIZ Yo sí, ¿qué importa que muera?

Con tal que yo muera aquí,

*(Dice esto aproximándose a don Jaime, aferrándose a él cual si temiese que los separasen, y mirando con recelo alrededor.)*

a tu lado, como honrada;  
con tal que no venga nada  
a separarme de tí;  
con tal que de el alma el foco,  
en que eterna esencia hierve,  
puro hasta el fin se conserve,  
¡lo demás importa poco!

La muerte es sueño profundo  
que sólo espanta al cobarde;  
la verdad viene más tarde  
con la vida de otro mundo.

Me basta, Jaime, con verte,  
pero verte sin espanto,  
y siempre amándome tanto  
en el seno de la muerte.

*(Se abraza aún más a él y oculta el rostro.)*

JAIME

Y yo, Conde de Argelez,  
el más noble de esta tierra,  
el espanto de la guerra  
contra el moro de Jereb,  
por lograr tu salvación  
y sacarte de esta villa,  
diera al «árabe» Castillo  
y al «francés» el Aragón.

BEATRIZ

Es fantástica quimera  
y es tristísimo desbarro  
en un ídolo de barro  
poner la existencia entera.

No, Jaime, no; tu deber  
y tu honor conserva ilesos;  
esos tus ídolos, esos  
que siempre son, deben ser.

JAIME

Tu nobleza al contemplar,  
tu hermoso acento al oír,  
más te amara a no sentir  
que más no te puedo amar.  
Por fortuna la honra mía  
y tu amor no se preparan  
a luchar, que si lucharan  
yo sé bien cuál vencería.

Muy al contrario, a mi ver,  
en este trance de horror,  
sólo salvando mi amor  
puedo cumplir mi deber.

BEATRIZ

No te comprendo.

JAIME

Pues oye.

Beatriz, y no me interrumpas.



En lamentos no prorrumpas  
cuando mi mano se apoye  
en tu mano de este modo,  
(*Se acerca a ella, le coge una mano, la  
mira fijamente y la atrae a sí.*)  
y en tus ojos busque tu alma  
y te pida fuerza y calma  
para decírtelo todo.  
(*Pequeña pausa.*)

Que mi castillo es muy viejo,  
que el sitiador entrará,  
que quien no ceje caerá  
y que yo, Beatriz, no cejo.  
Sin recursos no es de ley,  
ni yo puedo resistir;  
pero yo puedo morir  
por Aragón y su rey.

BEATRIZ Ya lo sé. Ya lo he pensado,  
que esa gente es fiera y terca;  
por eso quiero estar cerca,  
para morir a tu lado.

JAIME Mira que lo he de evitar.

BEATRIZ Pues mira cómo ha de ser.

JAIME Estando al amanecer  
mi esposa en el castañar,  
que por la parte de Oriente  
termina ese bosque umbrío;  
pasando después el río,  
y escoltada por mi gente,  
que es de confianza y de prez,  
en todo el camino viejo,  
del sol al postrer reflejo  
llegando al fin a Argelez.

BEATRIZ ¿Yo? ¡Sola!

JAIME No; por mi hermano

Manfredo allí protegida,  
aguardas de esta embestida  
el desenlace cercano.

Responde, Beatriz, ¿irás?

BEATRIZ No. ¿Separarme de tí  
y mientras mueres aquí  
yo con Manfredo? Jamás.

JAIME Pues todo está preparado  
y con Roger y con Juana  
has de partir.

BEATRIZ Lucha vana.

No hay poder en lo creado,

mal a mal o bien a bien,  
que me obligue a abandonarte.  
JAIME Es que yo quiero salvarte.  
BEATRIZ *(Para sí).*  
*(Salvarme quiero también).*  
JAIME ¡Beatriz!  
BEATRIZ ¡Jaime!  
JAIME ¡Por mi amor!

ESCENA VI

BEATRIZ y DON JAIME; UN PAJE *por el fondo*

JAIME ¿Quién va?  
PAJE Si me dáis licencia...  
JAIME ¿Qué buscas?  
PAJE Con gran urgencia  
hablaros quiere, señor,  
un capitán, que por ley  
de su arrojo y su fatiga,  
burló la línea enemiga,  
y es mensajero del rey.  
JAIME Que pase. *(Vase el paje.)*

ESCENA VII

BEATRIZ y DON JAIME; MANFREDO, *por el fondo*

JAIME ¡Beatriz!  
BEATRIZ No cedo.  
MANF. *(Aparte.)*  
*(Ella y él juntos están).*  
JAIME Acérquese el capitán.  
MANF. *(Avanzando.)*  
¡Jaime!  
JAIME *(Reconociéndolo.)*  
¡Manfredo!  
BEATRIZ *(Con horror.)* ¡Manfredo!  
*(Don Jaime va a su hermano con afán y le abraza con cariño.)*  
JAIME ¿Por qué vienes?  
MANF. Por que el rey  
pliegos me dió para ti,  
*(Saca unos pliegos y se los entrega.)*  
y porque supe que aquí  
se luchaba, y es de ley,  
mientras se conserve entera,

que no esté ociosa la espada  
contra esa infame cruzada  
que cruzó nuestra frontera.

JAIME } Pero dí, ¿cómo pudiste  
pasar el campo francés?

MANF. Mi lema sabes cuál es:  
«querer y basta».

JAIME } ¿Y quisiste?

MANF. Y quise y pasé. Y es cosa  
averiguada que ya  
nadie me separará  
de mi hermano y de su esposa.

JAIME } Pues ya tardas, y es deslíz,  
en darle brazos de hermano.  
(Señalando a su esposa.)

MANF. } A mí primero, esto es llano,  
pero después a Beatriz.

(Acercándose a Beatriz.)  
Los estragos de la guerra  
empañar no consiguieron,  
cuando al espacio subieron  
en vapores de la tierra  
en una y otra jornada  
del asedio de la villa,  
ni el carmín de esa mejilla  
ni el furor de esa mirada.  
Pálido pensé encontrar  
ese divino semblante,  
¡pero no hay sombra bastante  
para tanto lumínar!

BEATRIZ } Velaba Jaime por mí,  
y por mí velaba Dios.

MANF. } Pues ahora seremos dos  
y Dios a velar por tí.

JAIME } Tarde es ya; la ruina llega,  
y el muro ya no protege,  
y es forzoso que se aleje  
de este castillo, y se niega.

MANF. } ¡Salir del castillo!  
(Con sorpresa y enojo mal contenidos.)

JAIME } Escudo  
que se rompe se abandona.  
Torre que se desmorona  
no aprovecha.

MANF. } (A Beatriz con afán.)

BEATRIZ } ¿Y tú?

BEATRIZ } Yo dudo.

(Con intención y mirándole fijamente.)

JAIME           ¿Qué dices, que el corazón  
se me ensancha al escucharlo?

BEATRIZ       Digo, después de pensarlo,  
que quizás tengas razón.  
Aquí tu cuidado absorbo,  
amortiguo tu pujanza  
soy estorbo a tu venganza,  
y a tu gloria soy estorbo.  
Todo el tiempo que a mis pies  
con caricias te aseguro,  
haces falta sobre el muro  
cerrando el paso al francés.  
Tienes que pensar en dos  
en tanto que yo esté aquí,  
pues no pienses más que en ti  
y en tu patria, Jaime... ¡Adiós!

JAIME           ¡Beatriz, alma de mi vida!...  
(*Atrayéndola hacia sí; ella huye la mirada de su esposo.*)  
¡Que tu faz a mí se incline!

MANF.         (*Aparte.*)  
(¡Entonces para qué vine!)

BEATRIZ       ¿Y la fuga?

JAIME           Prevenida.  
Roger... Juana...  
(*Acercándose a la primera puerta de la izquierda y llamando.*)

#### ESCENA VIII

DON JAIME, BEATRIZ, MANFREDO, JUANA y  
ROGER. *Los dos últimos por la izquierda primer término*

ROGER           Todo está  
esperando a la Condesa.  
El crepúsculo acabó,  
la noche viene muy negra,  
el campamento en reposo,  
a la escucha el centinela.  
Tan sólo se oye a lo lejos,  
cual bramido de una fiera, el del torrente  
que baja desde la vecina sierra,  
engrosado por las nieves  
e irritado por las peñas.

JAIME           ¿Y la luz?

ROGER           Apareció



en la atalaya que cierra  
la boca del subterráneo.

JAIME                   ¿Entonces?

ROGER                   Ese hombre espera.

JAIME                   Pues esperadme un instante,  
sólo un instante, a que lea  
estos pliegos y a que traiga  
otros que al rey interesan.  
y que has de llevar tú mismo. (A Roger).  
a Gerona o a Figueras,  
o donde don Pedro se halle  
y le alcance tu presteza.  
Volveré... Beatriz... hermano...

(*Despidiéndose.*)

Entra luego, que una idea (A *Manfredo.*)  
tengo y quiero consultarte.

MANF.                  Entraré, Jaime, no temas.  
(*Vase don Jaime por la izquierda, segundo término.*)

### ESCENA I X

BEATRIZ, MANFREDO, JUANA y ROGER

BEATRIZ               (*Habla afectando cierta alegría y procurando dominar su emoción.*)

Al fin vamos a escapar  
de este infierno. Aquí se quedan  
los hombres para la lucha.  
Manfredo, no te lo ruega  
mi labio porque es inútil.  
¡Por mi Jaime! ¡Por él vela!  
¡Es mi vida!

MANF.                   Si es tu vida,  
por él daré mi existencia,  
que vida que a ti te importa  
bien vale la que me pesa.

BEATRIZ               (*Separando la vista de Manfredo.*)  
Aun cuando no me importase,  
es tu hermano.

MANF.                   Mala cuenta,  
que a veces en esta lucha  
de las pasiones revueltas,  
se vierte la sangre propia  
mejor que la sangre ajena.

BEATRIZ               Pues yo sé bien que por él...

- MANF. Por él y «por tí».  
(*Bajando la voz y acercándose. Juana y Roger hablan en el fondo.*)  
Tan negra
- es mi suerte, ¿qué te ofende  
de mi cariño esta prueba?
- BEATRIZ (*Mirando con recelo a Juana y a Roger.*)  
Más bajo, por Dios, más bajo.
- MANF. ¿Pues qué sentido le presta  
a tal palabra «cariño»  
tu razón y tu conciencia,  
que tanto temes que se oiga?  
(*Acercándose con apasionamiento.*)  
Mi cariño, ¿a qué te suena  
que quieres que solo a ti  
llegue y en tí sólo muera?
- BEATRIZ (*Turbada.*)  
¿Yo temer? ¿Y por qué causa?  
Ha sido no sé qué idea...  
De tanto fragor de muerte,  
de tanto grito de guerra,  
cuajados están los aires,  
manchadas están las piedras,  
y los más dulces acentos,  
y las palabras más tiernas,  
contra esos ásperos muros,  
y en esta atmósfera densa,  
toman algo de siniestro  
y en algo infame se truecan.  
Manfredo, verdad dijiste:  
¡yo la torpe! ¡yo la necia!  
Manfredo, tu brazo es fuerte:  
¡vela por tu hermano, vela!  
¡que es mi esposo, que es tu sangre!  
¡yo lo pido!... ¡Dios lo ordena!  
(*Ocultta el rostro entre las manos y llora.*)  
(*Acercándose y procurando consolarla.*)  
No lloréis.
- JUANA
- BEATRIZ ¡Ay, Juana mía!  
tú estás libre de esta prueba;  
tu Roger contigo parte,  
aquí mi Jaime se queda.
- MANF. (*En voz baja y separándola de Juana.*)  
Si tanto te ama, ¿por qué  
no te sigue? Yo muriera  
por él dentro de estos muros  
sin proferir ni una queja,  
si esto te agradase. Y mira,

la misma sangre corriera,  
Ya muriendo el de Argelez,  
ya Manfredo el de Provenza.  
Y aunque su mano es muy fuerte,  
no es más fuerte que mi diestra.  
Y el que rodase hasta el foso,  
o ensangrentase la almena,  
bajo el golpe formidable  
de mi doble hacha de guerra,  
entre el uno y otro hermano  
no es fácil que distinguiera;  
que no hiere más profundo  
que yo, ni con más presteza.

BEATRIZ Si fuera capaz mi Jaime  
de aceptar tan vil oferta  
y de manchar por mi amor  
el nombre ilustre que lleva,  
entonces, Manfredo... entonces...

MANF. (*Con energía.*)  
Es que amaria de veras:  
que así saben los «bastardos»  
(*Golpeándose el pecho.*)  
amar; aunque nunca llegan  
ni a señores de Argelez,  
ni a dueños de tal belleza.  
(*Señalándola con pasión.*)

BEATRIZ (*Turbada y temerosa.*)

¿Por qué me miras así?

MANF. Perdón: mi señor me espera.  
(*Vase por la misma puerta que don Jaime.*)

## ESCENA X

BEATRIZ, ROGER y JUANA

*Beatriz separada de los otros que forman un grupo*

ROGER (*A Juana.*)

Siniestro el bastardo va  
y ella espantada se queda.  
Algo dijo él por lo bajo  
que en voz alta no dijera.

JUANA ¿«Siniestro» dices? Quizá:  
como todo hombre de guerra  
que acorralado se ve  
y apareja la defensa.  
¿«Espantada» mi señora?  
Juzga cómo yo estuviera

- si al abandonar la torre  
mi Roger quedase en ella.
- ROGER** No es eso. Si es que el bastardo  
más que por la descendencia,  
es bastardo por el alma  
que dentro del cuerpo lleva.
- JUANA** Mal le quieres.
- ROGER** Lo confieso.
- JUANA** Roger, ese odio me inquieta,  
que temo que alguna vez,  
por no refrenar tu lengua,  
de Manfredo los enojos  
al fin contra tí se vuelvan.  
Eres humilde escudero  
y él es noble.
- ROGER** Sólo a medias;  
y es preferible tener  
toda la sangre plebeya,  
pero honrada, a dividirla  
en dos mitades opuestas;  
una limpia, otra manchada,  
y ambas por las mismas venas,  
que basta muy poco cieno  
para enturbiar una alberca.
- JUANA** Habla más bajo, que puede  
escucharnos la Condesa.  
(*Siguen hablando.*)
- BEATRIZ** «Pensamiento, que me abrasas,  
«corazón», que te revelas,  
«voluntad», que desfalleces,  
«alma», que no estás entera,  
¿qué fuísteis que ya no sois?  
¿qué sois, que me da vergüenza  
tan sólo el imaginar  
que tan sólo allá en la idea,  
y sólo por un momento,  
y del sueño entre las nieblas,  
y por mi parte sin culpa,  
hayáis sido por sorpresa  
lo que si yo sospechase  
que pudiérais ser de veras,  
a todos cuatro os llevara  
a la muerte con mi afrenta,  
arrojándome en el foso  
por el hueco de una almena  
¡A todos cuatro conmigo  
y con mi cuerpo que os lleva!  
A «tí», por ser tan impuro;



*(Oprimiéndose la frente habla con su pensamiento.)*

«a tí», por tu ruín ralea;

*(Oprimiéndose el pecho se refiere al corazón.)*

«a tí», voluntad, por débil;

«alma», a tí, porque eres media,

y si la otra está en el cieno,

en el cieno estés entera.

Juana, partamos al punto;

Roger, tu brazo me presta,

que aquí se me acaba el aire,

que aquí se me hunde la tierra,

que ya me falta hasta el cielo

bajo esta bóveda negra.

ROGER           ¿Pero el Conde?...

BEATRIZ                 Ven, Roger...

JUANA            Un instante.

ROGER                 El Conde llega.

#### ESCENA XI

BEATRIZ, JUANA, ROGER, DON JAIME y MANFREDO; *los dos últimos por la izquierda, segundo término; don Jaime trae un pergamino que entrega a Roger*

JAIME            Para don Pedro. Y apura tanto, que así que lleguéis

al castillo y que dejéis

a la Condesa segura

a llevarlo has de salir.

*(Señalando el pergamino.)*

Y tú, que veles por ella.

*(A Juana.)*

Y tú, mi Beatriz, mi estrella,

*(Separándola de los demás y hablándola a ella sola.)*

cielo de mi porvenir,

si es posible adivinar

en un rostro el pensamiento,

adivina lo que siento,

porque no lo sé expresar

Sólo sé que ha rato lucho

con una lágrima osada

bajo el párpado encerrada,

y si no lo oprimo mucho

para que bien la sujete,

no es difícil que consiga,  
o rodar por la loriga  
o manchar el coselete.  
Y ya ves que en un guerrero  
tal flaqueza indigna fuera:  
mi mismo hermano dijera  
que este arnés de fino acero  
no forjó con tanto afán,  
ni a costa de fuego tanto,  
para mancharlo de llanto  
el armero de Milán.

Conque sal pronto de aquí.

*(Rechazándola dulcemente, Manfredo, aparte, los contempla con enojo. Juana y Roger algo en segundo término.)*

BEATRIZ ¡Jaime!

JAIME Mi Beatriz, mi fe  
no olvides lo que te amé  
cuando estés lejos de mí.

BEATRIZ Si nos separa a los dos  
la muerte, aun queda otra vida.

JAIME ¡Adiós!, mi esposa querida!  
¡Adiós!... No digas ¡«adiós!»  
*(Conteniéndola y separándose de ella.)*

Dame los brazos, Manfredo.

*(Acercándose a su hermano, abrazándole y en voz baja. Beatriz los mira con extrañeza.)*

Es quizá la última vez.  
Cuando llegues a Argelez  
desciende, pues yo no puedo,  
a la cripta sepulcral  
en que mi padre reposa;  
besa su fúnebre losa  
y dí a su sombra inmortal  
que he muerto en este torreón  
en que él vió la luz primera,  
abrazado a la bandera  
de don Pedro de Aragón.

MANF. ¿Pero la puerta de bronce  
de la cripta?...

JAIME Franca está.

BEATRIZ *(Aparte, con terror.)*  
¡Qué están diciendo! ¿Será?...

MANF. ¡Adiós, Jaime!

JAIME ¡Adios!

*(Suena la campana de una torre.)*

ROGER Las once

(Manfredo se acerca a Beatriz, don Jaime se separa hacia la derecha.)

BEATRIZ } ¡Y vas a venir? (A Manfredo.)

MANF. } El mismo.

me lo ha rogado allá dentro.

BEATRIZ (Aparte.)

¡De modo que siempre encuentro en mi camino el abismo!

(Pausa. Manfredo procura llevarse a Beatriz, ésta se resiste: lucha consigo algunos instantes, al fin se precipita hacia su esposo y le abraza.)

¡Jaime!... ¡No quiero partir!

JAIME } ¡Beatriz!

BEATRIZ } ¡Contigo!

JAIME } ¿Qué hacéis,

Manfredo, Roger? ¿No véis que no puedo resistir?

(Manfredo y Roger se acercan.)

BEATRIZ Si tus enojos provoco, recházame de tu pecho, pero en ellos no hay derecho.

JAIME } ¡Si yo no puedo tampoco!  
Puede el hombre en su pasión el corazón traspasarse, pero no puede arrancarse (Contemplándola amorosamente.) a sí mismo el corazón.

¿Por qué no venís, por qué?

BEATRIZ } ¡Nadie romperá estos lazos!

JAIME } ¡Arrancadla de mis brazos, que no la defenderé!

(Manfredo la separa llevándola hacia la izquierda, donde espera Juana y Roger.)

BEATRIZ } ¡No quiero!

(En voz baja.) (¡Me das horror!)

MANF. } ¡Horror! ¡ni siquiera pena!

¡Yo cumplo lo que él me ordena!

BEATRIZ } ¡Es tu hermano!

MANF. } ¡Y mi señor!

BEATRIZ } ¡Suelta!

(Juana se aproxima, y entre ella y Manfredo se la llevan hasta la izquierda, primer término. En la puerta aguarda ya Roger. Don Jaime en el extremo derecha.)

¡Jaime!

MANF. } ¡Has de venir

conmigo!

BEATRIZ                    ¡Que no ha de ser!  
¡Jaime! (*Tendiéndole los brazos.*)  
JAIME                    ¡No la quiero ver!  
(*Después de un movimiento como para ir a buscarla, vuelve la cabeza.*)  
BEATRIZ                    ¡Jaime!  
(*En este momento y al dar el último grito Beatriz, salen ella; Juana, Manfredo y Roger por la izquierda primer término.*)  
JAIME                    ¡No la quiero oír!  
(*Tapándose los oídos. Cae desplomado en un sillón, a la derecha.*)

ESCENA XII

DON JAIME, BERENGUEL *después por el fondo*

BER.                    (*Acercándose a don Jaime, que permanece anonadado, con la cabeza entre las manos y sin notar la presencia del almogávar.*)  
¿Eso es dormir o llorar?  
«Si duerme», muy mal la torre vigila, y peligro corre de ir al foso a despertar.  
«Y si llora», ¡por mi tierra y mi santo! que el remedio no es muy propio de un asedio, ni gran máquina de guerra, A su edad, ¡qué ha de servir, (*Mirándole desdeñosamente.*) aunque se llame Argelez!  
Para enamorar tal vez; pero no para reñir.  
Para esta marcial función es preciso ¡haber vivido!... y tener ya muy curtido el cutis y el corazón.  
Tiempo es ya de concluir.  
Aquí estoy (*En voz alta.*)  
JAIME                    (*Levantándose con ímpetu.*) ¿Y quién es él?  
BER.                    El de siempre.  
JAIME                    ¡Berenguel!  
BER.                    Me habéis mandado venir; pero si acaso importuno...  
JAIME                    No importunas.  
BER.                    O si canso...



- JAIME Ya para mí no hay descanso  
ni más pensamiento que uno.
- BER. Entonces aquí me quedo.
- JAIME Mirame de cerca y fijo;  
y dí la verdad. La exijo.  
Al mirarme, ¿sientes miedo?  
(Pausa. Don Jaime le mira fijamente. Berenguel se sonríe con desdén.)
- BER. Allá en mis años, señor,  
con «otro don Jaime» andaba;  
con «otro» que se llamaba  
«don Jaime el Conquistador».  
Me miró más de una vez,  
y nunca miédo sentí.  
(Dice esto con cierta insolencia.)
- JAIME ¿Pero ahora lo sientes, dí,  
al mirar al de Argelez?  
A esto responde, o al potro  
tu lengua y tu cuerpo doy.  
Y en cuanto a si fué y si soy,  
soy tan bueno como el «otro».
- BER. ¿Y vos, qué pensáis de quien  
os mira de modo tal?
- JAIME Que te han juzgado muy mal,  
(Después de mirarle un momento.)  
o que tú finges muy bien.
- BER. ¿Qué dicen?
- JAIME Corre el rumor,  
rumor que llegó a mi oído,  
que al francés estás vendido.
- BER. ¿Me acusan, pues?...
- JAIME De traidor.
- BER. Ya tiene algún fundamento  
lo que dicen.
- JAIME (Con voz amenazadora.)  
¡Berenguel!  
¿Con el francés?
- BER. Pues con él.
- JAIME ¿Tú?
- BER. ¡Cabal! Yo nunca miento.  
Con el extranjero trato.  
(Dice todo esto con aire de triunfo y como  
gozándose en la sorpresa de su dueño.)  
aunque no por mi ganancia.  
Con el mismo rey de Francia  
hablé claro y largo rato.  
Y en la enorme cueva vieja,

cual fantasmas con arneses,  
un buen golpe de franceses  
ya sus armas apareja. (*Riendo.*)

JAIME ¡Traidor! (*Echándole mano con impetu.*)

BER. Sí: traidor se llama  
al pronto, al que os ha traído  
a Felipe el atrevido,  
con su famosa oriflama,  
al centro del gran torreón,  
clave de la fortaleza;  
más si por traidor empieza,  
es por su cuenta y razón.

JAIME (*Sin poder casi dominar su impaciencia.*)  
¿Cuál es?

BER. Así les arguyo.  
(*Con malicia y refiriéndose a los franceses.*)

«Una señal. El asalto,  
¡Arriba entonces! Yo falto,  
y claro, el torreón es suyo.»  
(*Ríe de nuevo por el chasco que les prepara.*)

JAIME Jugando estás con la muerte,  
y jugada va tu vida:  
ten la espada prevenida  
porque voy a echar la suerte.

BER. Echada está y no me aterra.

JAIME ¡Pero con traición y dolor!

BER. Como queráis: yo sé sólo  
que son artes de la guerra.

JAIME En un infierno has metido  
mi pensamiento anhelante;  
aún no comprendo bastante,  
pero ten por entendido  
que yo no mancho mi honor  
con empresas traicioneras,  
y que de todas maneras  
vas a resultar traidor.

BER. (*Ya algo desconcertado ante el enojo de don Jaime.*)

Pues o traidor o leal,  
ya en la empresa me metí,  
que estando en guerra creí  
que no os pareciese mal.  
Pero tal como ella es,  
si vos no la rematáis,  
la fortaleza entregáis  
cual un traidor al francés.

- JAIME (Con suprema angustia.)  
¿Puedo impedirlo?
- BER. (Le mira y se ríe con risa entre estúpida, maliciosa y feroz.)  
Es corriente.  
(Acercándose a él y con voz de triunfo y de misterio.)  
En el hueco cavernoso  
se mete «el agua» del foso  
y también «la» del torrente.  
(Don Jaime da un grito de terror y retrocede. Berenguel le sigue explicando su plan.)  
«Una» les corta la entrada:  
«otra» corta la salida:  
¡La gente queda cogida  
y es ya nuestra la jornada!  
Lo mejor de aquella grey:  
seis varones esforzados,  
más de quinientos soldados,  
y tal vez el mismo rey.
- JAIME Pero, ¡mal rayo te parta  
y partido te confunda!  
ese torrente que inunda  
y de su cauce se aparta,  
¿a donde va, Berenguel?
- BER. Al desagüe que le dejo .
- JAIME (Cogiéndole por un brazo y sacudiéndolo furioso.)  
¿Cual?
- BER. El subterráneo viejo.
- JAIME (Con voz terrible.)  
¡La Condesa va por él!
- BER. ¡Ella!... Lo siento... y me pesa.
- JAIME Tu infame traición lo quiso.
- BER. (Rehaciéndose con fiereza.)  
Pues elegir es preciso  
entre el rey y la Condesa.
- JAIME ¡Y lo dudas, infeliz!
- BER. Que empiezo a dudar infiero.  
(Con desconfianza.)
- JAIME Lo primero es lo primero.
- BER. ¡El Aragón!
- JAIME ¡Mi Beatriz!
- BER. ¡Me encontraréis frente a frente!  
(Disponiéndose a salir.)
- JAIME (Poniéndose delante.)  
Siempre así me encontrarás.

BER. Paso, Conde.  
 JAIME } ¿A dónde vas?  
 BER. } A desatar el torrente.  
 JAIME } ¿Para qué? (*Con voz terrible.*)  
 BER. } Para arrojarlo...  
 JAIME } ¿Sobre quién?  
 BER. } Sobre quien sea.  
 JAIME } Pues quien tanto lo desea  
 al fin logra desatarlo;  
 (*Desnudando la espada.*)  
 pero el torrente soy yo.  
 BER. (*Lo mismo.*)  
 El traidor debéis decir.  
 (*Quiere pasar y don Jaime le cierra el*  
*paso.*)  
 ¡Paso!  
 JAIME } ¡Jamás! ¡A reñir!  
 BER. } ¡Y a muerte!  
 (*Riñen con furia y en silencio.*)  
 JAIME } Que es la que doy.  
 (*Cae Berenguel muerto. Don Jaime queda*  
*en pie contemplándolo.*)

ESCENA XIII

DON JAIME; BERENGUEL, *en tierra*; LAURIA,  
 MARQUET y BARROSO, *por el fondo apresurada-*  
*mente y con las espadas desnudas. Se oye el toque*  
*de una campana*

JAIME Fué por mi Beatriz. Bien hecho  
 está lo que hice.

LAURIA }  
 MARQUET } } ¡El francés! }  
 BARROSO }  
 MARQUET } ¡El asalto!  
 BARROSO } Suyo es  
 el torreón y un largo trecho  
 de la muralla.

LAURIA } ¡El ha sido!  
 (*Reparando en el cuerpo de Berenguel.*)

MARQUET } ¡El Judas!  
 BARROSO } ¡El renegado!  
 LAURIA } ¡Lo ha pagado!  
 MARQUET } ¡Lo ha pagado!  
 BARROSO } ¡Merecido!  
 LAURIA } ¡Merecido!  
 JAIME } Basta ya de rabia loca.



Si él responderos pudiera,  
algo en su abono dijera.  
Sólo a Dios juzgarle toca.  
De esta noche en los furoros  
todos seremos iguales,  
los leales por leales,  
los traidores por traidores.  
Y para todos su juez  
habrá también de seguro:  
conque a morir sobre el muro  
por Aragón y Argelez.

LAURIA

Ceñid el casco, señor,  
que los golpes menudean.  
*(Presentándole el casco, al ver que se dispone a salir sin cubrirse la cabeza.)*

JAIME

*Rechazándolo.)*  
Para que todos me vean,  
voy así mucho mejor.  
Y de este modo he de ir,  
y así todos me han de ver  
sobre el muro combatir;  
los de fuera hasta caer,  
los de adentro hasta morir.



## ACTO SEGUNDO

*La escena representa uno de los salones principales del castillo de Argelez, en los Pirineos. Puerta en el fondo con un gran tapiz. A los lados trofeos. A la derecha, en primer término, una ventana ojival con vidrios de colores; en segundo, otra puerta con tapiz también. A la izquierda en primer término, una gran chimenea de campana interior, y en ella una hoguera. A los lados bancos y tres sillones blasonados; en segundo término otra puerta como la de enfrente. La estancia grande, severa, algo sombría. A la izquierda, en una mesa, una lámpara encendida. La hoguera despide grandes llamaradas; cuando se amortigua y domina la luz exterior, la luna proyecta sobre el suelo la ventana con sus varios colores.*

### ESCENA PRIMERA

BEATRIZ Y MANFREDO, *sentados junto a la chimenea y muy cerca uno de otro*

MANF. Está s triste como nunca,  
y de mi mano tu mano  
huyó, sintiendo tal vez  
repugnancia a mi contacto.

BEATRIZ Estoy triste como siempre,  
que la tristeza ha tomado  
asiento en mi corazón,  
con tal imperio y tal mando,  
que solo la muerte puede  
dar libertad al esclavo.

MANF. Pues venga para los dos  
que tampoco la rechazo.

BEATRIZ ¿Tú morir? ¿Por qué Manfredo?  
¿Pues no conseguiste acaso

mi amor? ¿Y mi amor no ha sido todo lo que has codiciado?

Pues vive y goza: o confiesa que del deleite en el vaso ya sólo queda amargura, y vergüenza y desencanto.

MANF.

Porque es mentira tu amor.

Porque te tengo en mis brazos y sólo estrecho una fría inerte estatuá de mármol.

Y tu ser, tu pensamiento, tu alma, lo que yo más amo, hielo escupiéndome el rostro se escapan bajo mis labios, diciendo en voz desdeñosa:

«No somos para el bastardo.»

BEATRIZ

No es eso, no me comprendes.

MANF.

Que sólo a Jaime has amado; esto es lo que yo comprendo.

BEATRIZ

Yo te amé, Manfredo, tanto, que con ser Jaime tan noble, y con ser tú tan villano, huyó de «él» y fuese a tí todo mi ser, arrastrado por la atracción del abismo que en tu corazón labraron, o las garras de Satán, o la hiel del desengaño.

Y ya vencido mi honor, y ya tu empeño logrado, me dije: pues esta dicha impura me cuesta tanto, apurémosla, que debe ser digna del ángel malo. y quise gozar, vivir, cobrar-me de mi pecado...

y no pude, porque siempre entre mi pecho y tus brazos «éll» se interpuso.

MANF.

¿Quién?

BEATRIZ

Jaime.

Sentí el fuego de sus labios, y su cariñosa voz, y a veces hasta su mano recogiendo en mis mejillas los despojos de mi llanto.

MANF.

Yo también.  
(Pensativo.) Mas fué ilusión.

- los muertos jamás lograron  
ni alzar la fúnebre losa,  
ni desnudar los sudarios.  
BEATRIZ *(Con supersticioso terror.)*  
¿Y si quedan insepultos  
de un castillo abandonado  
entre las sangrientas ruinas?  
¿Y si tan solo lograron  
por losa un torreón hundido,  
la ortiga y el jarambago  
por mortaja, y en el pecho  
su sangre por epitafio?  
Y entonces, di, ¿no podrán  
una noche, y a los rayos  
de la luna, levantarse ...  
¿Qué es eso?... ¿No has escuchado?  
De la noche en el silencio,  
el eco triste y lejano  
de una trompeta de guerra  
repitió los toques bárbaros.  
Alguien se acerca al castillo  
y avisa a los castellanos.  
¡Si fuera Jaime!  
*(Con espanto, acercándose a Manfredo y  
buscando en él protección.)*
- MANF. Imposible.  
Nada se oye. *(Asomándose a la ventana.)*  
Fué un engaño  
de tu loco pensamiento,  
o de ave salvaje el canto,  
o quizá de hambriento lobo  
el aullido prolongado.
- BEATRIZ ¿No será Jaime?  
MANF. Beatriz.  
¿aún dudas? Murió mi hermano  
la noche aquella, después  
de rechazar tres asaltos.  
Los fugitivos lo dicen,  
la fama lo ha pregonado,  
y lo demuestra su ausencia...
- BEATRIZ *(Al oído.)*  
Y nosotros lo deseamos.  
¿Verdad?
- MANF. Basta ya.
- BEATRIZ Pues oye:  
no sé como, ni sé cuándo,  
pero yo sé que vendrá.  
Alguna vez con espanto



le veremos al volver  
hacia atrás el rostro cárdeno.  
¡Manfredo! ¡Manfredo!... ¡Mira!  
(*Volviendo la cabeza y señalando su propia sombra.*)

MANF. Es de tu cuerpo adorado  
la sombra que sobre el muro  
esas llamas arrojaron.

BEATRIZ ¡Y qué negra me parece!

MANF. ¡Y a mí tu cuerpo, qué blanco!  
¡Malhaya fuego que trueca  
en negrura el alabastro!

BEATRIZ Pues el fuego de tu amor  
hizo conmigo otro tanto.  
(*Se vuelven a sentar junto al fuego y quedan silenciosos.*)

MANF. ¿En qué piensas?

BEATRIZ No lo sé.

¡Son pensamientos tan vagos!  
Y tú, ¿qué tienes?

MANF. ¿Qué tengo?

Que siempre sabor amargo  
hay en todas las palabras  
de tus labios y mis labios.  
¿Por qué no somos felices (*con desesperación.*)

¿por qué, di, si nos amamos?

BEATRIZ Yo no lo sé. ¡Calla! ¡Escucha!

MANF. Ahora sí.  
(*Escuchan los dos con angustia.*)

BEATRIZ Fué un prolongado  
gemido.

MANF. Tienes razón;  
Pero es Juana. Está llorando.  
Pasa un día y otro día,  
sin reposo y sin descanso,  
junto a la puerta de bronce  
que cierra el fúnebre espacio  
en que fué a morir Roger.  
Y si sube por si acaso,  
es que escuchó desde lejos  
del puente el desplome rápido.  
Entonces viene.

BEATRIZ ¿Y a qué?

MANF. (*Con misterio.*)  
A preguntar si han llegado.

BEATRIZ ¡Si ha llegado! ¿Quién? Responde (*Con temor.*)  
MANF. ¿Quién ha de ser? (*Con repugnancia.*)  
BEATRIZ ¿El?  
MANF. Mi hermano.  
BEATRIZ Ve a buscarla. Quiero verla.  
MANF. Será inútil el mandato.  
BEATRIZ ¿Su presencia te da miedo?  
MANF. ¿Miedo yo?  
BEATRIZ Pues vé. Te aguardo.  
MANF. ¿Ella no sabrá?...  
BEATRIZ ¡No sé!  
MANF. Prudente es averiguarlo.  
(*Vase por la izquierda segundo término.*)

## ESCENA II

BEATRIZ

Cuando se aleja Manfredo  
me parece que respiro;  
pero si sola me quedo  
todo lo que en torno miro,  
no sé por qué me da miedo.

Toda voz es son doliente;  
todo ser mónstruo irritado,  
y todo acude a mi mente  
cual fantasma del pasado  
o amenaza del presente.

Mi dorado camarín  
en que con Jaime veía,  
allá de la tardé al fin,  
ponerse al astro del día  
tras cortinas de carmín.

Esa ventana ojival  
a que ansiosa me asomaba  
al escuchar la señal  
de que mi dueño tornaba  
a su castillo condal.

Y la banda carmesí  
que bordé con embeleso  
una y otro noche aquí

y que al partir le ceñí  
mientras él me daba un beso.

—  
Esa armadura, terror (*Señalando a su trofeo.*)

de los moros de Granada,  
que limpié con tanto amor,  
porque venía manchada  
con sangre de su señor.

—  
Hasta su clarín de guerra,  
que imagino que otra vez  
(*Se oye, en efecto el toque de un clarín.*)  
resuena al pie de la sierra,  
anunciando que a su tierra  
vuelve el Conde de Argelez.

—  
Hasta el noble y viejo hogar  
en que al amor de la lumbre  
él me solía contar,  
bajo la ahumada techumbre,  
los consejos del lugar.

—  
Todo como estaba se halla:  
todo le espera fiel,  
desde la piedra a la malla:  
hasta su viejo lebrél  
y su corcel de batalla.

—  
Todos constantes le han sido:  
todos la fe le han guardado:  
ninguno le dió al olvido  
más que su dueño querido,  
más que su dueño adorado.

—  
Y todo así en el torreón,  
desde el muro a la coraza,  
desde el lebrél al bridón,  
es una eterna amenaza  
y una eterna acusación.

—  
¡Qué más! Hasta ese tapiz,  
(*Mirando con horror al fondo.*)  
el espanto comprendiendo  
de esta mujer infeliz,  
parece que está diciendo:  
«¡aquí está!»

ESCENA I I I

BEATRIZ, DON JAIME, *seguido de algunos PAJES y ESCUDEROS. Se levanta el tapiz y aparece Don Jaime y los que le acompañan*

BEATRIZ                    ¡Jaime!  
(*Retrócede al ver a su esposo.*)  
JAIME                    (Ananzando.)                    ¡Beatriz!  
(*Beatriz da un grito y cae desmayada en tierra. Jaime la levanta y la sostiene entre sus brazos. Los demás se aproximan.*)  
No temáis... Fué la emoción.  
que venga pronto mi hermano.  
Vuelve el calor a su mano  
y el latido al corazón.  
¡Mi Beatriz!... ¡Mi amor!... ¡Cuán bella!  
Manfredo y no más testigos.  
(*Dirigiéndose al acompañamiento.*)  
Idos, mis buenos amigos:  
dejadme a solas con ella.  
Más preparad el torreón.  
(*Deteniéndolos con el gesto.*)  
como os he dicho al entrar  
que me sigue y va a llegar  
el monarca de Aragón.  
(*Vase por el fondo el acompañamiento.*)

ESCENA I V

DON JAIME, BEATRIZ *desmayada*

JAIME                    Unico amor de mi vida,  
por quien perdí cómo infame  
torre por mí defendida,  
abre los ojos y dame  
con ellos la bienvenida.

Yo arrojé por tí contento,  
en la sangrienta jornada,  
honra y existencia al viento,  
y ahora quiero una mirada  
de amor y agradecimiento.

Mas no tardes, vida mía  
que helada estás por acaso



como una escultura fría,  
y este fuego en que me abraso  
a un mármol animaría.

Si vives, vive mujer: (*Con ansiedad.*)  
si has muerto, no tardes, no,  
en hacérmelo entender,  
que tú muerta y vivo yo  
¡ya ves que no puede ser!

(*Beatriz comienza a volver en sí.*)

¡Alina, si del cuerpo inerte  
rompiste ya la clausura,  
dímelo, que yo iré a verte  
y a contemplar tu hermosura  
en el seno de la muerte!

Ya el calor vuelve a su mano  
ya de vida una centella...

### ESCENA V

BEATRIZ, DON JAIME y MANFREDO

*Beatriz desmayada en los brazos de don Jaime, pero volviendo poco a poco en sí. Manfredo por la izquierda, segundo término*

MANF. Rogué a Juana, pero en vano.  
(*Aparte. Reparando en el grupo que forman don Jaime y Beatriz.*)  
¡En ajenos brazos ella!...  
¡Miserable!  
(*Dice esto precipitándose sobre don Jaime; este se vuelve y se reconocen.*)  
¡Jaime! (*Retrocediendo.*)

JAIME (*Con explosión de alegría.*)  
¡Hermano!

A mi pecho, ó ¡vive Dios!  
que creeré que te doy miedo.

MANF. ¡Jaime... Jaime!  
(*Acercándose poco a poco.*)

JAIME ¡Ven, Manfredo!

¡En un abrazo los dos!  
(*Sin soltar a Beatriz, coge con el brazo libre a su hermano.*)

MANF. Basta...

JAIME Mira ,vuelve en sí.

BEATRIZ ¿Dónde estoy?  
(*Mirando como si no comprendiese, a don Jaime y a Manfredo.*)

¡Virgen sagrada!  
¡Jaime y tú! (*Reconociéndolos al fin.*)

JAIME ¡Beatriz amada!

BEATRIZ ¡Suéltame!...

MANF. ¡También a mí!

(*Los dos se arrancan de los brazos de don Jaime: los dos retroceden unos pasos y quedan a alguna distancia de él, contemplándole con terror. Pausa.*)

JAIME Singular recibimiento,  
y recibimiento triste.  
No comprendo en qué consiste,  
pero extraña angustia siento:  
Vuestro aspecto al contemplar  
dudo si soy y esto es llano,  
el esposo y el hermano  
que torna al fin a su hogar,  
o más bien sombra importuna,  
sin contornos y sin vida,  
de unas ruinas desprendida  
a los rayos de la luna;  
sombra de muerte y tristeza,  
que viene a llamar medrosa  
a la puerta desdeñosa  
de su antigua fortaleza.

MANF. (*Reponiéndose algo y acercándose con fingido afán.*)

¿Qué dices? No: por favor...

Confunde nuestra alegría...

(*A Beatriz.*)

JAIME Pues cualquiera pensaría  
al veros que era pavor.

MANF. (*Esforzándose de nuevo por fingir.*)

¡Qué idea!... Si es que... se dijo...

por gentès que aquí llegaron  
que los franceses que entraron  
a nadie, a nadie... de fijo,  
dejar quisieron con vida.

JAIME No quisieron, eso es cierto.

BEATRIZ Y entonces te juzgué muerto.

(*Dice esto con supremo esfuerzo, por decir algo, y rompe a llorar. Don Jaime se acerca a ella con interés. Ella le tiende los brazos con afán convulsivo.*)

¿Ves mi faz descolorida?

- JAIME : Sí, cual lirio que se trunca.  
Esta faz...
- BEATRIZ Ya no es aquella.
- JAIME Pero aún así estás muy bella :  
¡quizá más bella que nunca!
- BEATRIZ Y mis ojos, Jaime, dí,  
¿brillan como antes mis ojos
- JAIME Si brillan ; pero están rojos.
- BEATRIZ De tanto llorar por tí.
- JAIME ¿No me engañas? ¿No? Mi bien,  
ese llanto triste y puro,  
¿fué por mí?
- BEATRIZ Por tí, lo juro.
- MANF. (*Con verdad y celosa amargura.*)  
Por tí, lo juro también.
- JAIME ¡Os creo!  
(*Con arranque de noble confianza. Pausa.  
Queda de nuevo pensativo.*) ¿Pero el horror  
que sentísteis y el espanto?...
- BEATRIZ ¡Es que se parecen tanto,  
Jaime, el placer y el dolor!
- JAIME ¡Eso para ser feliz  
es necesario que sea!  
¡Eso es preciso que crea!  
(*Como queriendo imponerse a sí mismo.*)
- BEATRIZ ¿Pero lo crees? (*Con ansiedad.*)
- JAIME (*Con nuevo arranque de amor y de con-  
fianza.*)  
¡Sí, Beatriz!  
Con tanta sangrienta herida  
y con tanto delirar,  
casi he llegado a olvidar  
cómo se vive en la vida;  
que del dolor el tormento  
en mí se cebó de suerte,  
que las sombras de la muerte  
aún traigo en el pensamiento.  
¡Otra vez a mí los dos!  
(*Abriendo los brazos con expansión y ale-  
gría.*)
- BEATRIZ (*Se acerca a su esposo. Manfredo también.*)  
¡Sí, Jaime!  
(*Se abrazan otra vez ; Manfredo se separa  
al instante, con dulzura y trata de variar  
la conversación.*)
- MANF. No nos dijiste  
cómo salvarte pudiste.
- JAIME ¿Cómo? Por obra de Dios.

*(Coge a Beatriz por una mano y la hace sentar. El se sienta a su lado. Manfredo en pie. Pausa.)*

Rechazar pude al asalto  
con mis brazos montañeses,  
y con cuerpos de franceses  
vióse el foso rebosar.  
Por el fuego derretido  
vomitaba cada almena,  
como mónstruo a boca llena,  
plomo hirviendo sin cesar.

---

Siempre las hondas silbando,  
y las ballestas crugiendo,  
y los de afuera cayendo  
al pie siempre del torreón.  
Y a la luna, y en mi mano,  
por mi sangre ya manchada  
y por todos aclamada,  
la bandera de Aragón.

---

Pero estaba el enemigo  
en la misma fortaleza,  
y aunque Dios me es buen testigo  
que luché para morir,  
o por débiles sus brazos,  
o mi cuerpo por robusto,  
o el destino por adusto,  
no lo pude conseguir.

---

Sólo sí, perdí el sentido:  
algo horrible vino luego:  
tempestad de sangre y fuego  
por encima me pasó.  
Transcurrieron muchas horas.  
el castillo fué incendiado,  
y fué luego abandonado  
cual cadáver: «como yo».

---

«El» y yo en abrazo estrecho.  
Yo enterrado hasta los hombros,  
como si él con sus escombros  
consiguiérame abrazar.  
Y a mi vez con ansia loca,  
aferrado en mi agonía,  
a las piedras que podía  
con mis brazos alcanzar.

---



A otra noche, entre las ruinas,  
moribundo y desangrado,  
o ya en ellas sepultado,  
o guardándolas tal vez  
por piedad, que el cielo premie,  
con mi helado cuerpo dieron  
unos monjes que vinieron  
del convento de Argelez.

Mal cerradas mis heridas,  
pero el alma otra vez brava,  
del rey supe que se hallaba  
detenido en Cervellón»  
Llegué; vile, dije al punto:  
«aún me queda alguna sangre:  
»si aprovecha, cual barrunto,  
»tómala, rey de Aragón.»

Y ésta es toda mi aventura.  
Pero el rey...

*(Se oye el ruido del puente levadizo.)*

MANF.  
JAIME

¿El rey te sigue?

Ha querido que le abrigue  
una noche por leal  
el castillo de mis padres.  
Y presumo que ha llegado,  
porque el puente han desplomado  
de la torre señorial.

*(Se levanta, va a la ventana y mira por ella.)*

Ya se escuchan los clarines;  
y las armas ya rechinan:  
hacia el puente se encaminan:  
ven, Beatriz, vamos los dos.  
Que don Pedro te contemple,  
y que piense bien y note  
que más valé que su lote  
el que quiso darme Dios.

*(Vanse por el foro Beatriz y don Jaime.)*

## ESCENA VI

MANFREDO

A todos dió ese reparto  
o buena parte o buen lote:  
sólo al bastardo por befa  
su bastardía tocóle.  
Al rey su reino, y a más

el de Sicilia, que a botes  
supo ganar de su lanza,  
en eso estamos conformes;  
pero que aun siendo muy buenos,  
no han podido ser mejores  
que los que yo hubiera dado  
al frente de mis varones  
a tener una corona  
y un ejército de nobles.

A mi hermano sus castillos,  
y su condado, y su nombre,  
y por completar su dicha,  
de mujer tal los amores,  
que por lograrlos he dado  
de los inmortales goces  
del cielo toda mi parte,  
si es que alguna en tales dones  
a un bastardo como yo  
se le guarda y reconoce

A mí en cambio... nada, nada;  
ni coronas, ni blasones,  
ni gloria, ni amor siquiera,  
que de traidor y de torpe  
no lleve sello maldito,  
y no manche cuanto toque.

Y por si esto no bastase,  
siempre, de día y de noche,  
una voz que nunca suena  
y que eternamente se oye,  
en las largas galerías,  
en los huecos de las torres,  
en los pliegues de las nubes  
y en las frondas de los bosques.

Voz que dice sin cesar:  
«Caín, Caín fué más noble.  
»Por algo Dios y tu padre  
»no quisieron darte nombre».

## ESCENA V I I

MANFREDO y JUANA por la izquierda segundo término. Viene vestida de luto, y al entrar mira con empeño a Manfredo

MANF. Juana, ¿qué buscas aquí?  
JUANA Lo único que ya me resta:  
la venganza.

MANF. ¿Quién la apresta?

JUANA Yo.

MANF. ¿Contra quién?

JUANA Contra tí.

MANF. Eres injusta.

JUANA ¡Villano!

¿No fuiste tú su asesino?

MANF. Yo, no. Lo fué su destino.

JUANA Pero lo fué por tu mano.

(Pausa.)

El amor de mi Roger  
era cuánto yo tenía:  
ni más venturas pedía,  
ni más codiciaba ser,  
de este tránsito mortal  
en el áspero sendero,  
que del humilde escudero  
la compañera leal.

Dió por ciega la fortuna  
a tí y a los tuyos todo:  
y a nosotros ¡pobre lodó!  
mala fosa y mala cuna.  
Para la cuna, el dolor;  
para la fosa, una cruz;  
y sólo un rayo de luz  
de la una a la otra: «el amor».

Pues ese rayo remedo  
de más altos resplandores,  
lo apagaron tus furores.

¡Y no sé por qué, Manfredo!

¿Tomé parte alguna vez  
en tus glorias o reveses?

¿Te he impedido yo que fueses  
Conde o Duque de Argelez?

¿Fuí yo de tu bastardía  
la causa ni la ocasión?

¿Pues qué ganó tu blasón  
con «su muerte» y mi agonía?

MANF. Deliras y te perdono.

JUANA ¿Tu perdón? Ya viene tarde;  
y con mostrarte cobarde,  
aún haces mayor mi encono.

MANF. Vete.

JUANA Cuando hable con él.

MANF. ¡Con él! ¿Con quién?

JUANA Con tu hermano.

(Al notar un movimiento de Manfredo.)

Sé que vino. Aunque lejano,

oí ladrar a su lebrel.  
Tendido y triste esperaba  
junto al puente levadizo.  
Yo en un negro pasadizo  
junto a una puerta lloraba.  
Pero él tuvo mejor suerte  
que mi suerte maldecida:  
su dueño tornó con vida,  
mi dueño quedó en la muerte.  
En fin, ello es que los dos  
al mismo tiempo esperamos  
y al mismo tiempo lloramos;  
y de este modo, ante Dios,  
en lenguaje bien sencillo,  
de un puente los duros gonces,  
y de una puerta los bronces  
probarán que este castillo,  
dentro de su barbacana,  
no vió bajo sus dinteles  
más que dos seres fieles,  
«un lebrel y una villana.»

MANF.

(*Acercándose amenazador.*)

¿Por qué dices eso?

JUANA

Tú

no puedes interrogarme.

MANF.

¿Y tú puedes afrentarme?

JUANA

Si puedo.

MANF.

(*Cogiéndola de un brazo.*)

¡Por Belcebú,

que hablarás!

JUANA

Al de Argelez.

MANF.

Llevo su sangre.

JUANA

No entera.

Alguna; y de tal manera,  
que esa te sube a la tez.

MANF.

¡Juana! (*Amenazando.*)

Vete. (*Conteniéndose.*)

JUANA

Cuendo le hable.

MAN.

Pronto.

JUANA

Que no.

MANF.

¡Y me provoca!

Eres implacable o loca.

JUANA

Lo que tú fuiste, implacable.

MANF.

No puedes verle.

JUANA

Es de ley

que le vea.

MANF.

El soberano

viene con él.



JUANA ) *(Con alegría.)* ¡Con tu hermano!  
MANF. El rey. *(Asomándose al fondo.)*  
JUANA Pues mejor, al rey.

ESCENA VIII

DON JAIME, BEATRIZ, DON PEDRO III DE ARAGON, MANFREDO, JUANA, VARONES, CAPITANES, ESCUDEROS, PAJES, etc.; todos llegan por el fondo. Delante dos pajes, que corren el tapiz, y otros dos con luces, que las dejan o sobre la mesa o en las basas de los trofeos. Don Jaime, Beatriz y el Rey, a medida que el diálogo lo indica, avanzan hasta colocarse en primer término, pero a la izquierda: Manfredo y Juana quedan en primer término, pero a la derecha: los varones casi en primer término; en segundo, el resto del acompañamiento; guardia de almogávares a la puerta

JAIME Entrad, señor, y tenga mi castillo,  
baluarte heróico de pasados tiempos,  
la honra de ver sobre sus anchos muros  
al vencedor, y al rey, y al caballero.

REY Varón aragonés, mi noble conde,  
bien defendiste el apretado cerco.  
Mucho Aragón te debe.

JAIME *(Con repugnancia y énojo.)* ¡Nada, nada!

REY Tu mano: yo también mucho te debo.  
*(Le da la mano.)*  
Para ti no quisiste recompensa,

JAIME No la quise, señor: no la merezco.

REY Mal juez en propia causa es uno mismo.

JAIME ¿Dónde hallarlo, señor, más justiciero?  
*(Con amargura.)*  
El perder un castillo, más merece,  
que noble galardón, duro escarmiento,

REY Al que infame vendió la fortaleza,  
tu brazo se lo impuso y yo lo apruebo.  
Al que cual tú se hundió bajo sus ruinas...

JAIME Nególe Dios por justo o por severo,  
el sólo galardón a que aspiraba:  
de ellas hacer sepulcro de su cuerpo.

REY Venza tu voluntad, pues tú lo quieres;  
pero en esta ocasión yo te recuerdo  
que muchas veces me pediste, Conde,  
lo que yo te negué y hoy te concedo.  
*(Movimiento de don Jaime.)*

- Ennoblecere a un hombre que tu sangre lleva en sus venas y quizá tu aliento.  
(*Movimiento de Manfredo.*)
- JAIME ¡Señor, señor!  
(*Con extraordinaria alegría.*)
- REY ¿En dónde está tu hermano?  
Quiero hacerle tu igual.  
(*Manfredo, retrocede instintivamente a segundo término, y se hunde, por decirlo así, en sí mismo. El actor interpretará con su talento las sensaciones que debe experimentar al ver que por méritos del hermano, a quien deshonra, y por ruegos suyos puede realizar todos sus sueños de ambición.*)
- MANF. (¡Gran Dios!)  
JAIME (Se dirige gozoso a Manfredo, le trae de la mano y se lo presenta al Rey. Manfredo dobla la rodilla y aún más la cabeza. Al ir a traerle.)
- REY ¡Manfredo!  
Conde del Ampurdán, que un mismo padre su sangre os repartió prueben tus hechos.  
(*Le hace levantar.*)  
¿También rechazas la merced que le hago?  
(*A don Jaime.*)
- JAIME Esta no la rechazo, no; la acepto.  
Y aunque él la pagará, que mucho puede, somos dos los deudores, rey don Pedro.
- MANF. Para que haya deudor es necesario que haya otra cosa más; deuda primero.
- REY La deuda existe, pues la acepta el Conde.  
(*Con extrañeza y acento de severidad.*)
- MANF. (Con energía.)  
Si él la acepta, señor, yo no la acepto.
- JAIME ¿Qué dices?
- MANF. La verdad, y esto no amengua ni mi lealtad, señor, ni mi respeto.  
Mas por mérito ajeno concedida, la merced es afrenta antes que premio.  
(*Con fiereza.*)
- REY (Con enojo y desdén.)  
Las mercedes que otorga tu monarca jamás afrenta son, ni aun recayendo en un ser... como tú.
- MANF. Porque no corran peligro semejante no las quiero.
- REY ¿Y si lo mando yo?

MANF.

De llevar nombre  
o no llevarlo ¡oh rey! yo soy el dueño;  
ni mi hermano, ni vos. Soy lo que he sido.  
Pues bastardo nací, bastardo quedo.

REY

(Avanzando amenazador.)  
¿Tú desprecias?...

JAIME

(Interponiéndose.) ¡ Señor!

BEATRIZ

(Lo mismo.) ¡ Señor!

REY

(Conteniéndose.) Ya basta

En Aragón, del noble y del plebeyo  
la libertad es ley, según afirma  
de la «Unión general el privilegio.»

¿Quieres bastardo ser Como te plazca;  
mas retírate atrás, y al par quedemos  
los que somos iguales: reyes unos,  
varones otros y ambos caballeros.

(Aparte, pensativo y sombrío.)

(Como un bastardo, todos: mala yerba.  
Así fué Fernán-Sánchez, bien me acuerdo).

JAIME

Su fiereza excusad: es noble arranque...

REY

Basta, Argelez...

JAIME

Señor...

REY

Aquí acabemos

JAIME

Enojado quedáis.

REY

No, ciertamente:

y la noche pasar, en prueba de ello,  
quiero contigo y con tu noble esposa  
en íntima velada y junto al fuego.

No ved al rey en mí. El huésped sólo  
es el que os pide lumbre, albergue y lecho.  
(Se sienta el Rey en uno de los sillones  
blasonados, al lado del hogar, a su dere-  
cha Beatriz, a su izquierda don Jaime. Man-  
fredo, siempre en pie, en segundo término.  
Juana muy cerca de él. Con tono bondado-  
so y familiar.)

A este castillo feudal  
¿no trajo jamás el viento  
el enamorado acento  
de la musa provenzal?

¿Ningún trovador llegó  
bien amado ó mal ferido?

JAIME

(Con interés.)

Uno solo, y ese ha sido  
mi hermano.

REY

(Con disgusto.) Tu hermano, no.

(A Beatriz.)

Aunque soy hombre de guerra,



me agrada lo poesía.  
¿La Condesa no tendría,  
de esta torre o de esta tierra,  
guardada allá en su memoria,  
que yo se que es peregrina,  
alguna fabla divina  
o alguna sabrosa historia?

BEATRIZ *(Con tono glacial, a pesar suyo. Es mujer y no olvida que acaba el Rey de afrentar a Manfredo.)*

No puedo al Rey mi señor  
ofrecer lo que desea.

Nada recuerdo que sea  
digno de tan alto honor.

REY *(Cortés y respetuoso, pero contrariado y sin poder dominarse por completo.)*

Perdonad: ¡cómo ha de ser!

Seguiré la vuelta dando  
a la estancia, mendigando  
un poco de gay saber:

a tí no te he de pedir  
*(Fijando la vista en don Jaime y hablándole afectuosamente.)*

lo que no me puedes dar.

Tú solo sabes luchas.

JAIME

REY

Y mal, pues no sé morir.  
*(Volviéndose a los de segundo fila.)*

¿Y entre esa gente tampoco  
habrá ninguno que quiera  
de trovador a manera,

o de bufón o de loco,  
inflamar su fantasía,  
aguzar su entendimiento,

y de este modo contento  
procurarnos y alegría?

Que estén solas no es razón  
en tal empresa esas ramas,

*(Señalando a la hoguera.)*  
que todas se vuelven llamas  
para dar luz al salón.

*(El Rey pasa la vista por varios grupos que le rodean. Silencio. Pausa. A cada momento se muestra más y más contrariado, y juega maquinalmente con el puño de su espada.)*

Nada: silencio otra vez.

Por ninguna parte medro.

Mal tratan al Rey don Pedro



en la torre de Argelez.  
Menos me costó en rigor  
la conquista de Sicilia  
que encontrar en tu familia  
bueno o malo un trovador.

JUANA (*Adelantándose.*)

Si una leyenda deseáis,  
Rey de Aragón, y tras ella  
de un crimen la roja huella,  
dísteis con lo que buscáis.

JAIME (*Con sorpresa.*)

¡Juana!

BEATRIZ (*Con terror.*) ¡Juana!

REY

Esa mujer

que se presenta enlutada,  
trayendo a nuestra velada  
dolor en vez de placer.  
¿quién es?

JUANA

Quien viene a pedir  
venganza, Rey justiciero.

BEATRIZ

(*Con cierto apresuramiento.*)

La esposa de un escudero.

JUANA

Su viuda, queréis decir.

JAIME

¿Murió Roger?

(*Con verdadero sentimiento y con sorpresa.*)

JUANA

Sí, murió.

REY

(*A don Jaime.*)

Roger se llamaba un bravo  
que tú me enviaste y que al cabo  
de San Feliú mandé yo.

Cierto mensaje le di  
que contestación pedía.

¿La traía?

JUANA

La traía  
cuando murió.

REY

¿Dónde?

JUANA

Aquí.

REY

Expón tu agravio.

JUANA

Al final.

REY

del cuento o de la conseja.

JUANA

¿Una conseja?...

Tan vieja  
como esta torre feudal.

REY

¿Y tú la sabes?

JUANA

Tal vez.

Mas contarla corresponde  
en justicia...

REY

¿A quién?

JUANA

Al Conde.

REY

(Volviéndose a don Jaime.)  
Pues comience el de Argelez.

JAIME

(A Juana.)  
¿Una leyenda?

JUANA

Sí.

JAIME

¿Cuál?

JUANA

La de la puerta de bronce  
que, al girar sobre su gonce,  
se cierra de modo tal,  
que ninguno, a no ser vos,  
o aquel que el condado herede  
y el secreto, abrirla puede.

REY

¿Y ahora?

JAIME

Sí.

REY

Gracias a Dios.

(Pausa. Movimiento general para prepararse a oír la leyenda.)

JAIME

En otros siglos de ambiciones locas  
fundaron esta torre mis abuelos:  
diéronle base las gigantes rocas  
y a sus almenas pabellón los cielos.

El moro fronterizo, el tiempo duro,  
despoblado el breñal, el torreón fuerte,  
sólo su ancho recinto era seguro  
albergue en vida y sepultura en muerte.

Y así en la base de la torre erguida,  
bajo el cimiento y en la roca brava,  
cual negra cripta o fúnebre guarida  
labróse extensa y anchurosa cava.

Allí fueron, señor, de mis mayores,  
a dormir en sepulcros, esparcidos  
por fosas, nichos y anchos corredores,  
los despojos del alma desprendidos.

Y en ese, del descanso eterno centro,  
que grandezas humanas avasalla,  
descansaré también, si antes no encuentro  
sepultura en el campo de batalla.

REY

¿Y la leyenda?

JAIME

Señor,

antigua crónica cuenta  
que halló muerte en lid sangrienta

contra el árabe Almanzor  
cierto Conde de Argelez,  
que su cadáver trajeron  
al castillo, y que le hicieron  
exequias de su alta prez,  
y de su nombre y caudal,  
dignas por toda manera,  
que, según pensaban, era  
caballero sin rival.

Tendido en su sepultura,  
entre las manos su espada,  
la lápida levantada,  
por mortaja la armadura,  
le dejan: salen :en pos,  
la puerta de encina y hierro  
gira, y en aquel encierro  
se quedan el muerto y Dios.  
Pero no: también quedaron,  
cual severos juzgadores,  
las sombras de sus mayores,  
las de aquellos que bajaron  
antes que él a la región  
de la eterna obscuridad,  
donde se ve la verdad  
sin la llama de un hachón,  
donde el engaño no medra  
ni el criminal nos fascina,  
donde el cuerpo se reclina  
y duerme en lechos de piedra.

Y la leyenda, al llegar  
a este punto diz que luego  
que todo quedó en sosiego,  
comenzaron a brotar  
fantasmas en larga hilera  
que el sepulcro circundaron  
y que del muerto miraron  
por tan extraña manera,  
y con mirada tan dura,  
si mira huecos sin ojos,  
los terrenales despojos,  
al través de la armadura,  
que ante el negro tribunal  
aquella carne sin vida  
agitóse estremecida  
en su cárcel de metal.

¿Recordó algún olvidado  
secreto, antiguo y profundo,  
algo que ignoraba el mundo,

crimen, deshonra o pecado?  
Ello es que poco después  
rompió la puerta de encina  
y huyó a la torre vecina  
un cadáver con arnés.  
Y ya desde aquella noche  
no hubo paz en el castillo;  
porque al extinguirse el brillo  
del sol y su rojo broche  
traspasar el monte obscuro,  
mostrábase el alma en pena,  
ya apoyada en una almena,  
ya vagando por el muro:  
sombra con fieros rigores  
por otras sombras tratada,  
y por ellas arrojada  
del panteón de sus mayores;  
mísero despojo inerte  
de un ser noble y poderoso,  
a quien nunca dió la suerte  
ni una noche de reposo  
en el seno de la muerte.

JUANA

(*Aparte.*)

(Todos bajan la frente: ¿por qué todos  
tiemblan y palidecen y se callan?)

(*En voz alta al Rey.*)

¿No queréis conocer de la leyenda  
la conclusión?

REY

Si a fe.

JUANA

Pues bien...

REY

Acaba.

JUANA

La puerta del panteón, que era de encina,  
por otra se cambió fuerte y pesada,  
toda de bronce la segunda, y dicen  
que desde Roma una reliquia santa  
trajeron, y por ella, y entre rezos,  
la metálica puerta fué tocada.

Con esto y con abrirse por oculta  
combinación de misteriosa máquina,  
que sólo el Conde sabe, se ha librado  
este viejo castillo de fantasmas.

Has aquí la leyenda, y ahora el crimen.

Y también la justicia.

REY

JUANA

A reclamarla,

Rey de Aragón, a tu poder acudo.

REY

A nadie la negué.

JUANA

Lo sé.

REY

Pues habla.



- JUANA Pues en este panteón, que hace algún tiempo del castillo a las gentes franco se halla, porque en él una imagen milagrosa se venera en capilla subterránea, un hombre a mi Roger penetrar hizo, no sé por qué razón ni por qué causa, si por engaño fué, que sí sería...
- MANF. (*Adelantándose.*)  
Mintió quien dijo tal, que fué a estocadas. (*Movimiento de sorpresa en todos.*)
- REY (*A Juana.*)  
Más tarde lo sabremos: tú prosigue.
- JUANA El hombre de quien hablo a mi monarca, dentro la presa ya, la hoja de bronce con estruendo y furor cierra y encaja...
- REY ¿Y tiempo no será?  
(*Levantándose. todos se levantan.*)
- JUANA Ya sólo es tiempo para el castigo ¡oh rey! o la venganza.
- REY El asesino di. Pronto su nombre.
- JUANA El bastardo.
- MANF. Yo fui.
- REY Ló adivinaba.
- JAIME (*Acercándose a él como para protegerle.*)  
¡Manfredo!
- JUANA ¿Vaciláis porque es su hermano?  
La justicia es mentira.
- REY No, insensata.  
De mi ley la cuchilla segar supo «cabeza» tan indómita y tan alta, que el nivel alcanzó no pocas veces de don Jaime, su padre y su monarca. Nivel halló después por mi mandato del turbio Cinca en las revueltas aguas. Si con mi propio hermano hice justicia, con «ese», ¿qué no haré.
- BEATRIZ (*Aparte.*) (¡Dios santo!)
- JUANA ¡Gracias!
- JAIME (*Avanzando respetuoso, pero decidido, hasta el Rey.*)  
Es mi sangre, señor.
- REY No por entero:  
tan sólo la mitad.
- JAIME Pues esa basta para que yo le quiera y le defienda con todo el corazón y toda el alma.
- REY ¡Justicia en él la haré si la merece!
- JAIME Que la merezca o no, de mí se ampara.

- MANF. No, Jaime: mi delito reconzco.  
La sentencia, señor.
- REY Será mañana.
- JAIME ¡No será!... perdonad... mientras yo viva.  
Es mi vasallo.
- REY (*Imponiendo silencio.*) Y yo soy tu monarca  
(*A un capitán que sale a cumplimentar la orden.*)  
Buen Oliver, coloca centinelas  
del panteón en la puerta. Con el alba.  
despiértenme, que asuntos hay que im-  
[portan.  
Y tú, mi noble Conde, de mi cámara  
el camino me muestra, que fué ruda  
y sin descanso alguno la jornada.
- JAIME (*Se dirige, precediendo al rey, hacia la  
puerta de la derecha.*)  
Venid, señor, que vuestro es el castillo.  
(*Dos pajes toman luces y se disponen  
a marchar delante del Rey, así como dos  
de sus capitanes a acompañarle. El Rey  
se dirige hacia la puerta expresada, pero  
lentamente, después de saludar a los de-  
más varones. Beatriz se acerca a su espo-  
so; Juana se coloca al lado de la puerta;  
Manfredó en el centro.*)
- MANF. (*Inclinándose ante el Rey al pasar éste.*)  
¡Justicia quiero!
- BEATRIZ (*Adelantándose unos pasos.*) ¡Compasión!
- JUANA ¡Venganza!
- REY (*En el umbral de la puerta.*)  
Con la luz de la aurora querrá el cielo  
dar luz también al que de allí la aguarda.  
(*Salen en el orden siguiente por la puerta  
de la derecha: los dos pajes con las lu-  
ces; el Rey; dos capitanes. Quedan al lado  
de la puerta don Jaime y Beatriz; algo  
separada, Juana; en el centro, Manfredó.  
Salen por el fondo las demás personas.*)
- ESCENA IX
- BEATRIZ, JUANA, DON JAIME y MANFREDO.  
*Beatriz y don Jaime vienen al centro a buscar a  
Manfredó. Juana en pie, al lado de la puerta por  
donde salió el Rey*
- BEATRIZ (*A Manfredó.*)  
¡Huye!
- MANF. ¡Jamás!
- JAIME No temas. Con mi vida

de la tuya respondo. Con mi espada  
atajaré, si necesario fuere,  
al mismo rey si ciego se empeñara,  
a contra-fuero y contra ley, en darse  
por juez de mis vasallos en mi casa.  
Eres mi hermano: tu escudo es mi cariño.  
Abandóname, Jaime.

MANF.

JAIME

No. Te aguarda  
monarca de Aragón, quien no te cede  
ni por el corazón ni por el alma.  
(Volviéndose hacia la puerta por donde  
salió don Pedro.)

JUANA

(En voz alta, como desafiando a don  
Jaime.)

JAIME

Duerme, rey de Aragón: junto a tu puerta.  
en vela está la viuda y la villana.  
(Como en contestación.)

El Conde de Argelez vela tu sueño:  
duerme, rey de Aragón, duerme hasta el  
[alba.

(Queda Juana en pie al lado de la puerta;  
don Jaime, en el centro, mirando hacia  
aquella parte; Beatriz y Manfredo, a su  
izquierda.)





## ACTO TERCERO

*La escena representa el panteón subterráneo del castillo de Argelez. En esta decoración cabe cuanto la imaginación quiera, y, sin embargo, para las necesidades del drama, todo ello puede reducirse a muy poco. Lo puramente preciso es lo siguiente: puerta en el fondo; estando abierta se ve bajar de frente, o algo inclinada, una ancha escalera entre dos muros macizos, la cual termina por abajo en un corredor transversal; es decir, que entre la puerta y el principio de la expresada escalera, hay un espacio de nivel que representa el ancho del pasadizo. Después de la puerta, por la parte interior de la cripta, puede haber dos escalones, aunque no son precisos. El panteón muy sombrío: a uno y otro lado se ven los acometimientos de varias galerías transversales. En rigor basta con uno de cada lado. En primer término, casi de frente, a la izquierda del actor, un sepulcro que se supondrá que es del padre de don Jaime. Este sepulcro no debe ser muy alto: sobre él una escultura yacente, a ser posible, con armadura de bronce y cara de mármol. Al pie del sepulcro un escalón alto que puede servir de banco. A un lado, la boca muy baja de un pozo. La decoración, sobre todo, muy severa: detalle que no pueda presentarse dignamente, debe suprimirse.*

### ESCENA PRIMERA

*CABRERA y ZURITA, que son dos soldados de la guardia del Rey, armados de picas. Un hachón encendido, clavado en un hueco lateral del sepulcro: ésta ha de ser la única luz*

ZURITA De estas cosas, tú ¿qué piensas?

CABRERA Yo pienso poco, Zurita.

En estas cosas y en todas  
obedezco sin malicia



ni repugnancia a quien manda,  
si manda en ley. Mi consigna  
cumpló como buen soldado;  
y que entre por Algeciras  
el moro, o que entre el francés  
por el Coll de las Panizas,  
a mí poco se me importa.  
Yo no dejo que alma viva  
entre, ni dejo que salga  
de esos huecos ni una hormiga.  
sin aplastarla en las losas  
con el cuento de mi pica.  
Y lo demás que lo arregle  
el rey, como es de justicia.  
Pero aunque nada me importa  
de eso que tú dices, mira  
que lo que es hoy no cambiara  
mi pobreza y vilianía  
por toda la sangre noble  
del bastardo.

ZURITA

¡Mala víbora  
le muerda, que no ha de darle  
más veneno del que cría  
el de Provenza en sus venas  
y por sus ojos destila!

CABRERA

Dicen que el pobre escüdero  
era mozo de valía.

ZURITA

Dicen que por celos fué.

CABRERA

¿Una mujer en la intriga?  
Si era preciso.

ZURITA

Manfredo  
hace tiempo perseguía  
a Juana; pero ella, honrada  
¡porque es muy honrada! altiva  
le rechazó.

CABRERA

Si esa gente  
que en la Provenza se anida  
fué siempre mala y aviesa  
y tocada de herejía.  
Si esos trovadores traen  
con sus cántigas malditas,  
la corrupción a esta tierra  
y el vicio a nuestras familias.  
Si eso lo tengo yo dicho,  
Pero escucha, yo creía,  
porque anoche lo dijeron,  
que la causa era distinta,  
que en ella nada hay de amor,

- sino infame alevosía
- ZURITA ¿Pues tú qué sabes, Cabrera?
- CABRERA Lo que la gente allá arriba  
murmuraba: Que el bastardo  
es un traidor.
- ZURITA Lo sería  
de hijo.
- CABRERA Que al Rey de Francia  
vendido está de por vida  
Que él fué quien abrió el torreón  
aquella noche maldita  
Y que como el escudero  
un mensaje de Castilla  
para el rey don Pedro trajo  
de importancia decisiva,  
quiso impedirlo... ¿comprendes?  
que lo llevase. ¿Se explica  
la cosa de esta manera?
- ZURITA Ya lo creo: a maravilla.  
Traidor; preciso. Pero esto  
a lo que dije no quita.
- CABRERA Habrán sido las dos cosas.
- ZURITA Y si otras cien adivina  
de escuderos y de pajes,  
y de dueñas la malicia,  
siendo en contra del bastardo,  
ciertas son.
- CABRERA Esa es la mía.
- ZURITA Pero yo digo algo más.  
A ser yo el rey, ¿qué imaginas  
que hiciese?
- CABRERA Pues no lo só.
- ZURITA En el tormento pondría  
dos personas: y a las cuñas,  
y a las cuerdas, y de prisa.
- CABRERA ¡Dos personas!
- ZURITA El bastardo.
- CABRERA Ese, bien.
- ZURITA ¿No adivinas  
la otra quién es?
- CABRERA No, por Dios.
- ZURITA La Condesa.
- CABRERA ¡Ave María!
- ZURITA Más culpable es que Manfredo;  
porque, dime, alma sencilla,  
¿No le bastaba mandar,  
que con muy buena viga  
por ariete y diez jayanes

en el golpe, hiciesen trizas  
la puerta para salvar  
de ese pobre hombre la vida?  
Pues ¿por qué no lo hizo?

CABRERA

Dicen

que la puerta está bendita.

ZURITA

Más bendito es un cristiano  
que el bronce de alguna mina  
que del diablo fué antesala  
y camino a sus guaridas.

Te digo que la Condesa  
del castigo no se libra  
de don Pedro, que es gran rey  
y duro cual su loriga.

CABRERA

En eso no piensas mal.  
¡Y esta mañana tenía  
una cara!... Levantóse  
con las luces matutinas;  
bajó con el de Argelez;  
mandóle abrir esta cripta;  
puso dōbles centinelas;  
subieron, oyeron misa  
él, la Condesa y el Conde  
y el bastardo, en la capilla  
principal... En fin, los cuatro  
preparáronse en la guisa  
de gente que va a juzgar  
y busca la luz divina,  
o de gente que al morir  
de sus pecados se limpia.

ZURITA

Ello es que algo se prepara.  
¿En cuál de esas galerías  
estará?

*(Separándose de su puesto y mirando a uno de los lados con curiosidad.)*

CABRERA

¡Guay del curioso!

A tu puesto: es la consigna.

ZURITA

Yo en su caso, por dar fin  
de una vez a mi agonía,  
de cabeza voy derecho  
al pozo, y luego a la sima.

CABRERA

¡Gran pecado!

ZURITA

Pero el último.

CABRERA

A tu puesto, que ya brillan  
de la escalera en el fondo  
luces que en la sombra oscilan.

ZURITA

El Rey... que venga y que juzgue.

VOZ (Dentro.)

¡El Rey!

CABRERA

El Rey se aproxima.

ESCENA I I

DON JAIME, JUANA y el REY; delante dos pajes con hachones. CABRERA y ZURITA, siempre de centinela

REY Sin alardes vengativos,  
por hechos claros y ciertos,  
en esta mansión de muertos  
voy a juzgar a los vivos,  
Ese banco por sitio,  
esá tumba por testero,  
y nunca un rey justiciero  
halló mejor tribunal.  
¿Dónde presumes, mujer,  
(Volviéndose a Juana.)  
que el cadáver de tu esposo  
cayó buscando reposo?

JUANA ¿Decís?... ¿que dónde, Roger?...  
¿Dónde?... ¡Me vence el dolor!...  
(Vacilando.)

JAIME ¡Apóyate, Juana, en mí!  
(Queriendo sostenerla.)

JUANA ¡No; dejadme! (Rechazándole.)

REY (Sosteniéndola.) ¡Ven aquí!

JUANA (Con respeto y asombro.)  
¡Vos me sostenéis, señor!

REY Quedaron mis pompas reales  
en mi cámara desierta:  
del lado acá de esa puerta  
ya todos somos iguales.  
Como en región montaraz  
la tierra desmoronada  
busca en la roca quebrada  
algo a que asirse tenaz,  
sobre mí tu cuerpo inerte  
sólo es, si lo miras bien,  
«tierra» que busca sostén  
en otra «tierra» más fuerte.  
(Pausa. Juana recobra su fuerza.)  
Mi pregunta es bien sencilla.  
Responde si has comprendido.



- JUANA Sí, señor. Habrá caído  
allá... junto a la capilla.  
En sus últimos instantes  
la lámpara del sagrado  
hacia sí le habrá llamado  
con destellos vacilantes.
- REY *(A los centinelas.)*  
Donde dice, buscad bien,  
y avisadme si le halláis.  
*(Cabrera y Zurita, precedidos de los pajes,  
hacen un movimiento para salir.)*
- JUANA Un momento: no vayáis  
sin mí, que quiero ir también.
- REY Mas ¿vencer y resistir  
podrás al verlo el dolor?
- JUANA Cuando al perderlo, señor,  
no me hizo el dolor morir,  
no ha de matarme, de cierto,  
en mi empresa de buscarlo  
la ventura de encontrarlo  
ni aun encontrándolo muerto.  
*(Salen por una de las galerías de la iz-  
quierda, Juana, Zurita y Cabrera, prece-  
didos de los pajes.)*

ESCENA III

DON JAIME y el REY

- JAIME Pensáis a todo pensar  
para mi hermano un castigo  
y pensando estoy conmigo  
cómo poderlo salvar.
- REY ¿Tan grande afecto le tienes?
- JAIME Es mi hermano, y en rigor  
jamás alcanzó, señor,  
ni más gloria, ni más bienes  
que mi fraternal ternura;  
y si a esa piedra tornáis  
*(Señalando al sepulcro de su padre.)*  
la mirada, y si escucháis  
algo que sé que murmura,  
aunque escuchéis con desdén,  
mal que os pese y mal que os cuadre,  
oiréis la voz de mi padre  
que me dice que hago bien.

REY

Sobre cariños humanos  
y sobre humanas pasiones,  
que al llegar a estas regiones  
se deshacen en las manos,  
hay, Argelez, algo eterno,  
algo que no es de este mundo:  
«un cielo» allá en lo profundo...

JAIME

¡Sí, ya lo sé y «un infierno»!  
(*Con cierto enojo y como si completase el pensamiento del Rey.*)

Y bien, será ceguedad,  
o pecado, o maleficio,  
más si deseáis a tal juicio  
someter mi voluntad;  
si queréis, Rey de Aragón,  
que esa justicia severa  
que en vos implacable impera,  
impere en mi corazón,  
arrancadme de raiz,  
porque yo, señor, no puedo,  
el cariño de Manfredo  
y el amor de Beatriz.

REY

(*Después de contemplarle algunos momentos.*)

¡Por Dios que estás apegado  
a las cosas de la vida!  
No importa: tu Rey no olvida  
que eres un noble soldado.  
Quedamos, pues, en que haré  
cuanto pueda por el mozo,  
que yo ni medro ni gozo  
con dar tortura a tu fe.

JAIME

¡Ah, mi señor!...

REY

En conciencia  
no me debes gratitud,  
que mi virtud no es virtud.  
¡Ay de aquel que en la existencia,  
renunciando a mejor palma,  
y por capricho bizarro  
en un ídolo de barro  
pone por entero el alma!  
Que si contra el mármol frío  
(*Señalando el sepulcro.*)  
choca y se deshace al fin,  
al trócase en polvo ruin  
queda el alma en el vacío.  
Pero escucha...

JUANA

(*Desde fuera.*) ¡Mi Roger!

JAIME     ¡Es Juana!  
REY                 ¡Su llanto, sí!  
JUANA     ¡Rey de Aragón, por aquí!  
              *(Como antes, pero más cerca.)*  
JAIME     ¡Ya viene!  
REY                 ¡Pobre mujer!

ESCENA I V

DON JAIME y el REY; JUANA por una de las galerías de la izquierda

JUANA     *(Vacilante, pálida, terrible; como la actriz crea que debe presentarse después de haber abrazado el cadáver de su esposo y al venir a reclamar venganza del Rey.)*  
Me prometisteis justicia:  
¿no es verdad? Pues ha llegado el momento. Está encontrado *(Señalando hacia dentro.)*  
¿No decís que nada vicia ni destruye en Aragón la rectitud de la ley?  
Pues a demostrarlo, Rey, que allá espera la ocasión  
Sobre las losas mi esposo, muy cerca de la capilla, y la lámpara que brilla de ordinario en el piadoso recinto de la sagrada Virgen que en él se venera, en el suelo, por de fuera, a su lado y apagada.  
Un pergamino o papel estruja su mano fría: el mensaje que traía debe estar, señor, en él: en la otra mano un punzón o de madera una astilla: lo que sea rojo brilla al resplandor del hachón.  
Lo mojé en sangre sin duda, que encerráronlo ya herido: el pecho tiene partido y su espada está desnuda.  
Venid conmigo de priesa, venid y vos lo veréis.  
venid si es que mantenéis vuestra justicia y promesa.

- Y pronto, que están, señor,  
este suelo profanado,  
aquel cadáver helado  
y aún impune el matador.
- REY Ya te sigo.  
*(El Rey y Juana se dirigen a la galería  
por donde ésta vino: don Jaime les acom-  
paña.)*
- JUANA ¿El de Argelez?  
*(Deteniéndose.)*  
viene con nosotros?
- JAIME Sí.
- JUANA Pienso que bastan allí  
las dos víctimas y el juez.  
*(Con reconcentrado encono.)*  
Su presencia no apetezco.
- JAIME *(Señalando al Rey.)*  
¿Torcer pretendes su fallo?
- REY *(Con severidad.)*  
¡Basta, Conde!
- JAIME Basta y callo.
- REY Esperanos.
- JAIME Obedezco.  
*(Salen el Rey y Juana.)*

## ESCENA V

### DON JAIME

¿Qué tiene esa losa fría,  
techumbre de un mundo helado,  
que ilumina lo pasado  
con la luz de un nuevo día?  
¿Por qué en su región sombría,  
por qué en su cóncavo inerte  
todo se ve de otra suerte,  
todo se ve de otro modo?  
¿Por qué se transforma todo  
en el seno de la muerte?  
Sepulcro de mis mayores,  
¿qué me tienen reservado  
en este cóncavo helado  
de la muerte los rigores?  
¿Qué suplicios? ¿Qué dolores?  
¿Qué engendros de su furor?  
¿Ni cómo hasta mí, Señor,



sus asaltos llegarán,  
si entrar no puede Satán  
en el cielo de mi amor?

ESCENA VI

DON JAIME, BEATRIZ y MANFREDO; los los últimos por el fondo, ya por la escalera, ya por el corredor en que la escalera termina

JAIME      Cuando la negra barrera  
que separa vida y inerte,  
traspase, cayendo inerte  
hacia dentro desde fuera,  
¿bajo qué forma primera  
«la verdad» vendrá hacia mí  
Sepulcro, ¿qué veré en tí,  
que no lo sé y tengo miedo?

BEATRIZ    ¡Mi Jaime!

JAIME      (*Volviéndose.*) ¡Beatriz! ¡Manfredo!  
¡Vosotros!...

BEATRIZ    Nosotros, (*Pausa.*)  
(*Beatriz, con angustia profunda, como si aún viese lo que pinta y como buscando instintivamente amparo en don Jaime.*)

Las horas pasaban rápidas,  
y mi impaciencia era grande.  
Algo sucede, decía,  
cuando no regresa Jaime.  
Por la ventana miré,  
y en el patio hay un enjambre  
de escuderos y soldados  
y de fieros almogávares.  
Todos hablan de Roger,  
y a veces miran audaces  
a mi ventana. De fijo  
murmuran cosas infames.  
Me dió espanto y fuime adentro,  
cerrando bien los cristales,  
cuyos colores tomaban  
tinte cárdeno al mirarme.  
El solitario salón  
más solitario mostrábase  
que nunca, y aunque llamé,  
fué en vano: no acudió nadie.  
Sólo por la galería

de cuando en cuando, algún paje,  
como si huyese, cruzaba  
muy deprisa y sin mirarme,  
o algún soldado del Rey,  
su obscuro y feroz semblante  
mostraba un punto a la puerta  
entre curioso y cobarde;  
o algún pájaro nocturno  
que el alba sorprendió errante,  
chocaba ya atolondrado  
del balcón en los cristales,  
pintando un monstruo con alas  
su sombra en los arquivadas.  
Tuve miedo. (*Abrazándose a don Jaime.*)

JAIME

¡Mi Beatriz!

BEATRIZ

Perdí el juicio, y a llamarte  
me puse a gritos.

MANF.

Entonces

yo acudí, y a todo trance  
quiso bajar al panteón;  
con lo cual, para librarle  
de impaciencias sin motivo  
y de temores sin base,  
a ser su guía presteme,  
y aunque a mi pesar, la traje.

BEATRIZ

(*Aparte.*)

Parece que es su destino  
a estas regiones guiarme.  
¡Bien venida! si hallan fin  
en sus sombras mis pesares.  
(*En voz alta.*)  
¡Qué negro todo!

JAIME

Fuego negro

antes de que tú bajas:  
pero al verte, sus tinieblas  
se convierten en celajes.  
¡Vuelva el carmín a tu rostro  
con tinta cálida y suave,  
y al menos por una vez  
aquestos helados mármoles  
comprendan lo que es la vida  
al ver tu hermoso semblante,  
y por sus cuerpos de piedra  
circule calor de sangre!

MANF.

(*A Beatriz, que está en los brazos de don Jaime.*)

Tú eres la vida, bien dice:  
y por ser tuya, es de Jaime;

conque mal estáis los dos  
entre losas sepulcrales.  
Idos arriba: a la luz.  
A mí entre sombras dejadme,  
que yo soy de estas regiones,  
y aquí estoy con mis iguales,  
como ese Rey de Aragón  
dijo anoche al afrentarme.

JAIME

¡Manfredo!

MANF.

(*Asomándose a una de las galerías transversales de la izquierda.*)

Mira, allí viene,  
y a su lado a Juana trae,  
y les preceden a entrambos  
con hachas dos almogávares.  
La justicia y la venganza  
juntas por la misma calle  
de sepulcros: buen camino  
tomaron para buscarme.  
Que vengan, que yo seré  
maldito, mas no cobarde:  
que vengan, que, aunque bastarda,  
es de Argelez esta sangre,  
y quizá desde su lecho  
de muerte me ve mi padre.

## ESCENA VII

BEATRIZ, DON JAIME, MANFREDO, *el* REY, JUANA, CABRERA, ZURITA *y un* PAJE. *Cabrera y Zurita vienen delante; los dos pajes con hachas, después el Rey; después Juana: todos por la izquierda.*

*El Rey trae un pergamino en la mano*

REY

(*A Manfredo.*)

Por tu impulso viniste: no me pesa.  
Mi enojo no te espanta: que me place.  
El hombre que no afronta su destino  
de cara y sin temblar, es un cobarde.  
Puedes estar tranquilo por tu víctima:  
del suelo del panteón sepulcro y cárcel  
hicieron esos dos, dando piadosos  
(*Señalando a los almogávares.*)  
cristiano fin a lo que tú empezaste.  
Al lado de su fosa, ya colmada,  
otra mandé cavar profunda y grande,

por si hay quien quiera, al acabar sus días junto al fiel escudero reclinarse.

El cumplió como bueno, que afanoso guardó en su helada mano este mensaje: (A Juana.)

buen marido te dió tu buena estrella: mala muerte le dió mano implacable. Señor..

JAIME  
REY

Espera. A tu castillo sube, ordena que mi gente se prepare, y la tuya dispón, que antes que el día del cielo hasta la cumbre se levante, voy a partir, y partirás conmigo, a librar de un segundo Roncesvalles Al Rey de Francia, que humillado vuelve en procesión luctuosa a sus hogares. Demandóme perdón: yo generoso le permití volver sin inquietarle. Pero vamos a ver desde la scumbres «quien entra en esta tierra cómo sale.» Obedezco.

JAIME  
REY

Salid.

(A los almogávares y a los pajes. Se dirigen al fondo Jaime, los almogávares y los pajes; éstos delante.)

Tú, Juana, vete.

JUANA  
REY

¿Y el castigo, señor. (En voz baja.) (Lo mismo.) Aquí con sangre tu Roger lo escribió

JUANA  
REY

¿Y ha de cumplirse?

Cuando venció mi brazo en el combate yo siempre perdoné, decirlo puede ese soberbio Rey que a Francia vase. Mas nunca en mí clemencia hallar pu-  
[dieron

de la traición las alevosas artes: que lo diga también, y era mi hermano, desde el fondo del Cinca, Fernán Sánchez. Tranquila os dejo. (A Beatriz.)

JUANA  
REY

Tranquila y satisfecha.

Yo a castigar su muerte, tú a llorarle. (Sale Juana mirando a Manfredo y a Beatriz, que instintivamente están juntos.) Vosotros. No. Que de este pergamino (Prebiniendo un movimiento de ambos.) hemos de hablar los tres, ¡voto a San [Jaime!



ESCENA VIII

BEATRIZ *el* REY *y* MANFREDO

REY Con solo miraros creo  
lo que me dice el escrito,  
que la prueba del delito  
la lleva en el rostro el reo.

MANF. Inútil prueba, a mi ver,  
porque jamás he negado  
que esté mi hierro manchado  
con la sangre de Roger.

REY Escucha y el labio sella,  
que con la verdad arguyo:  
tu crimen no es sólo tuyo;  
un cómplice tienes, «ella».  
(*Señalando a Beatriz.*)

MANF. ¿Quién?... ¡Beatriz!...

BEATRIZ (*Aparte.*) La expiación.

MANF. (*Con violencia y señalando el pergamino.*)

¡Miente el impostor inmundo!

REY Jamás miente un moribundo!

ni miente el Rey de Aragón.

Con su mano casi inerte,  
y con caracteres rojos,  
la causa de tus enojos  
y la historia de su muerte,  
en aqueste pergamino  
dejó escrito el infeliz.

MANF. ¿Y en él habla?... (*Con ansiedad.*)

REY De Beatriz,

y además de su asesino.

(*Acercándose al hachón que está en el sepulcro, y leyendo.*)

«Yo juro, y juro al morir,

»ante esa santa capilla,

»decir la verdad sencilla

»en lo que voy a decir.

»Anteayer de madrugada

»bajé al salón, según creo,

»a recoger del trofeo

»para mi viaje una espada.

»La estancia estaba desierta,

»la mañana estaba obscura,

»rechinó una cerradura

»y a poco abrióse una puerta.

»Alzó un doncel el tapiz,  
»pasó una dama el dintel;  
»era Manfredo el doncel  
»y era la dama Beatriz.  
»Se miran con embeleso  
»y se despiden los dos,  
»ahogando un último adiós  
»en un suspiro y un beso.  
«Grito: ¡«Infames»!, sin querer;  
»viene a mí, después luchamos,  
»luchando al panteón llegamos,  
»y llevo para caer.  
»El la puerta de metal  
»empuja sobre su gonce,  
»y da sepulcro de bronce  
»a su secreto fatal:  
»De este modo conseguir  
»mi silencio imaginaba;  
»si acertaba o no acertaba,  
»que lo diga el porvenir.  
»Yo la infamia de los dos,  
»y su pena o su destino,  
»dejo en este pergamino  
»a la voluntad de Dios.  
»Sea, pues, lo que ha de ser:  
»yo muero como leal.»

(*Sin leer.*)

Y acaba y dice al final:

(*Leyendo.*)

«El escudero Roger.»

(*Pausa. Manfredo y Beatriz quedan confundidos y anonadados. El Rey los contempla frío y sereno.*)

¿Es exacto lo que aquí  
ese vasallo escribió?

Responde, Manfredo.

MANF.

(*Con enérgica desesperación.*)

No. |

REY

Responde, Condesa.

BEATRIZ

(*Resueltamente.*) Sí.

REY

Confesión de buena ley.

MANF.

Que sólo el delirio arranca.

REY

No tan firme, no tan franca.

BEATRIZ

Como la debo a mi rey.

REY

(*A Beatriz.*)

Que mucho arriesgas advierte.

BEATRIZ

A todo estoy prevenida.

REY

¿Tanto te pesa la vida?

BEATRIZ Tanto, que busco la muerte. )

REY Quien deshonra su blasón  
y deshonra el de Argelez;  
quien echó sobre tu tez  
para siempre tal borrón,  
si no buscado por castigo  
la muerte en esta jornada,  
que la dé por encontrada  
al encontrarse conmigo.

MANF. Si alardes de justiciero  
queréis hacer, no me opongo,  
y el cuello tranquilo pong  
bajo el corte de ese acero.  
Pero es irritante yugo,  
más que justicia severa,  
confundir de esa manera  
la víctima y el verdugo.  
Yo terco la perseguí,  
yo en mi fuego la inflamé,  
ocasiones preparé  
y por la fuerza vencí.  
Yo, don Pedro de Aragón,  
yo que triunfé de este modo,  
lo merezco todo, todo:  
«ella», solo compasión.

BEATRIZ Cuando no perdí la vida  
es que falté a mi deber;  
cuando me dejé vencer  
es que debí ser vencida,  
que yo misma me he juzgado,  
que no busco a mi pecado  
causa, pretexto ni excusa  
Pero ya que de este modo  
mi vida yo misma os doy,  
por quien sois y por quien soy,  
¡que Jaime lo ignore todo!

MANF. El debe ignorarlo, sí.

REY (*Aparte y pensativo.*)  
Quizá lo mejor sería.

MANF. Y yo solo sufriría  
lo que solo merecí.

BEATRIZ. Si de ambos la culpa ha sido,  
de ambos el castigo sea.

REY Ya ves cómo lo desea.

MANF. ¡Si ha mentido! ¡si ha mentido!  
(*Al Rey procurando convencerle.*)

BEATRIZ ¿Tú sólo? No. Yo también.

¿No es verdad? (*Al Rey, como suplicando.*)

MANF. ¡Calla, infeliz!

BEATRIZ ¡Quiero morir!

MANF. ¡No, Beatriz!

BEATRIZ ¡Quiero morir!

MANF. ¡No, mi bien!

*(En un arranque de pasión, olvidándose del Rey, acercándose a ella y cogiéndole las manos.)*

REY ¡Tanto os amáis, ¡vive Dios!

que ni la misma agonía

os ataja en tal porfía!

¡Pues bien, moriréis los dos!

*(Con terrible enojo.)*

Nada sabrá el de Argelez,

limpia su honra quedará,

que venganza le dará

su monarca como juez.

Y libre verase al fin,

por justicia soberana,

de una esposa cortesana,

y de un hermano Caín.

MANF. Basta ya

BEATRIZ Gracias, ¡oh rey!

cuanto deseaba me dáis.

MANF. ¡La justicia atropelláis!

REY A igual delito, igual ley.

### Escena I X

BEATRIZ, MANFREDO, el REY y DON JAIME,  
cuatro PAJES con hachones, varios CABALLEROS  
y ESCUDEROS. Todos por la puerta del fondo

REY Mas un rumor lejano se percibe  
cual si bajase gente la escalera,  
haciéndola crugir el peso grave  
y al choque rudo del arnés de guerra.  
Ahí vienen, si, con Argelez al frente,  
*(Acercándose al fondo.)*  
y entre rojas antorchas que flamean.

JAIME Justicia, ¡oh rey! a demandaros vengo,  
aunque ya di comienzo por mi cuenta  
a la que vos sin duda haréis más tarde  
en esa maldecida soldadesca,  
y algunos que braveaban hace poco



- en el patio las losas ensangrientan.
- REY A punto vienes si justicia pides,  
que estábamos los tres en tal faena.  
¿Quiénes faltaron, Conde?
- JAIME Los soldados  
a que con vos, señor, la fortaleza  
hospedaje leal brindó orgullosa.
- REY ¿Y cuál la causa fué?
- JAIME La airada lengua  
de Juana: y de mis gentes las patrañas:  
y la ruin condición de la plebeya.
- REY En suma: ¿a qué llegaron?
- JAIME ¡A pedirme!...  
¡Si no lo adivináis! ¡Si no hay quien pueda  
ni la maldad llevando hasta el delirio,  
ni alzando hasta lo absurdo la insolencia,  
ni aun así, sospechar lo que esos hombres  
pidieron... no, que aullaron como fieras!
- REY ¿Pidieron?... di.
- JAIME ¡La vida!...
- REY ¿De tu hermano?
- JAIME *(Hace una señal afirmativa, se detiene y al fin dice acercándose al Rey.)*  
¡Y la vida, señor, de la Condesa!  
¡De Beatriz! ¡de mi esposa!... Si yo al  
[pronto  
ni pude comprender tanta demencia!
- REY ¿Y comprendiste al fin?
- JAIME Ellos lo digan,  
pues ellos recibieron la respuesta.  
«¿Vidas queréis, les dije, miserables?  
pues a cargo de aquellas, tomar esta;»  
y arremetiendo a la canalla imbécil,  
de tal modo sacié mi rabia en ella...  
que ya lo veis, señor, casi tranquilo  
pude volver del Rey a la presencia.
- REY Que a la ley de hospedaje mis soldados  
turbulentos faltaron, bien me pesa,  
que aun pidiendo en justicia quien mal pide,  
de su propia razón hace su afrenta.
- JAIME ¡Aun pidiendo en justicia!  
*(Pausa. Mira al Rey con asombro; mira  
alternativamente a Beatriz y a Manfredo,  
que deben estar a su espalda y derecha  
del actor, y queda, durante algunos mo-  
mentos, como estático.)*
- No comprendo  
lo que queréis decir.

REY

Que una sentencia,  
por crimen de traición a su monarca,  
dictaba yo aquí dentro, mientras fuera  
por reclamar castigo semejante  
acuchillabas a la guardia regia.

JAIME

¿Una sentencia?

REY

Sí: Contra el bastardo...  
y otro cómplice más.

JAIME

¿Quién?

REY

La Condesa.

JAIME

¡Contra Beatriz! ¡No es cierto! ¡No es  
[posible!

¡Contra Beatriz y vos! ¡Vana quimera!  
¡Yo solo soy su dueño! Esa corona,  
todo vuestro poder, vuestra grandeza,  
las glorias de Sicilia, las del mundo,  
ante Beatriz, ¿qué son? ¡humo y pavesas!

REY

Que yo nunca he pecado de sufrido,  
y que hablas con tu rey ten muy en cuenta,  
y freno de respeto date prisa

a poner a tus manos y a tu lengua,  
si no quieres que ponga otra de hierro  
que hace bajar al suelo las cabezas.

Roger por mi mensaje «era sagrado»  
hasta llegar con él a mi presencia.

Sin embargo, Manfredo muerte dióle,  
y Beatriz toleró tan grave ofensa.

Condesa de Argelez, perpetuo encierro  
te enseñará con sombras y tristezas  
«que a la lealtad debida» no se falta  
(*Con doble intención.*)

mientras don Pedro en Aragón gobierna.

Bastardo de Argelez, saldremos todos  
de esta mansión en que la muerte impera;  
nosotros a buscar la luz del día,  
a entregar tú al verdugo la cabeza.

(*A los caballeros, señalando a Beatriz.*)

Llevala a Barcelona.

(*A Manfredo.*) Tú a la muerte.

(*A don Jaime.*)

Y tú conmigo, a lo alto de la sierra.

JAIME

(*Con ira contenida, pero con reposo y dignidad, y refiriéndose primero a Beatriz, luego a Manfredo.*)

Ni a Barcelona irá mientras yo exista  
y un hierro sostener mi mano pueda,  
ni he de salir sin él, si el firmamento  
encima de la torre se viniera,

ni el Conde de Argelez ha de seguiros,  
monarca de Aragón, ni en paz ni en guerra,  
(*Golpeándose en el pecho.*)

Varón aragonés, al fuero escudo  
de libertad en la ocasión extrema.

Diránlo así de «desafiamiento.»

«cartas» que provocó vuestra fiereza.

Y con «ella» y con «él», y con mi gente  
(*Señalando a Beatriz y a Manfredo.*)

pasaré de Castilla las fronteras.

«Desnaturalizarme» es mi derecho,  
la ley me ampara de mi noble tierra,  
y adonde más sus glorias se respeten  
mi espada llevo y llevo mi bandera.

REY

Desnaturalizarte es tu derecho,

y nadie lo disputa ni lo niega;

por más que esta vez el fuero ampare  
torpes ingratitudes y soberbias.

Pero Beatriz, pero Manfredo, Conde,  
bajo mi ley están y aquí se quedan.

Traidores a su rey fueron entrambos,  
y ha de cumplirse en ellos mi sentencia.

¡Hola! De esa mujer y de ese hombre,  
sin más vacilación, de grado o fuerza,  
afiáncense los cuerpos, y tú, ingrato,  
vete, que yo te libro de obediencia.

(*Los caballeros a quienes el Rey se ha dirigido, pretenden apoderarse de Beatriz y de Manfredo; don Jaime desnuda la espada; describe con ella un terrible semicírculo, aleja a todos y pónese delante de su esposa y de su hermano.*)

JAIME

Quien se acerque a los dos buenos es que  
[mire  
que a mi espada y a mí también se acerca.

REY

¡Preciso es acabar!

JAIME

Todo se acaba:

el honor, la lealtad...

BEATRIZ

¡Allí!...

(*A Manfredo, señalándole el lado en que está el Rey y como proponiéndole que pasen.*)

MANF.

Pues sea.

Gracias, hermano.

(*Por la espalda de don Jaime pasa al grupo de caballeros y se entrega.*)

BEATRAZ

Gracias, Jaime.

(*Lo mismo que Manfredo.*)

- JAIME ¿Adonde,  
insensatos, corréis?
- BEATRIZ *(Ya desde la izquierda.)* Adonde llevan  
a tu hermano el deber, porque es tu sangre;  
a mí, Jaime, tu amor y mi conciencia.  
*(Al Rey.)*
- JAIME *Tuyos somos, señor, que Jaime salga.*  
¿Sin vosotros? ¡Jamás! ¡Pensad que llegan  
olas de sangre al corazón hirviente;  
olas de fuego a la abrasada lengua;  
olas de sombra a mi cerebro loco;  
olas de muerte a mi indomable diestra!  
Y en esta tempestad de mis pasiones,  
sobre el mar de mis iras turbulentas,  
sólo flotan dos seres: dos tan sólo:  
Manfredo... ¡por hermano! Ella... ¡por ella.
- REY *(Sin poderse contener.)*  
Mal te está en defender con tanto empeño...  
¡tu deshonra!  
*(Movimiento de don Jaime, Beatriz y Manfredo.)*
- JAIME ¡No más!
- REY ¡Y tu vileza!
- JAIME ¿Por vileza tenéis que un hermano  
la vida con mi vida así defienda?  
Bien se advierte, señor, que el fratricidio  
¡es el primer florón de tu diadema!
- REY ¡Miserable! *(Arrojándose sobre él.)*
- JAIME ¡Yo no: quien en el Cinca  
hundió de Fernán-Sánchez la cabeza!  
*(El Rey se detiene; queda un momento como acobardado ante aquel recuerdo; después, con acento sombrío y reconcentrado.)*
- REY ¡Mejor es eso que vivir sin honra!
- JAIME ¿Y quién vive sin ella?
- REY ¡Tú!  
*(Don Jaime que está todavía con la espada desnuda, se arroja sobre el Rey; los caballeros que rodean a éste se arrojan sobre Argelez; don Pedro los separa con ademán soberbio y se acerca a él: Jaime se detiene.)*
- JAIME ¡La prueba!
- REY Por traidor a tu rey más que la muerte  
de merecer acabas: Toma, y lean  
esos ojos, si pueden, estas líneas  
y cieguen, lloren, salten de vergüenza.



*(Le entrega el pergamino. Pausa. Don Jaime lo toma sin comprender nada y mirando a todos con asombro; después se aproxima al hachón que está clavado desde que principió el acto en el sepulcro de su padre. Beatriz y Manfredo se hunden, por decirlo así, en la sombra, a espaldas de dicho sepulcro, pero de manera que sean vistos por el público. El Rey a la derecha de don Jaime.)*

JAIME

*(A medida que lee.)*

¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!...

*(Suspende la lectura, se oprime la cabeza entre las manos como para coordinar sus ideas. De pronto, lanza un grito como recordando la extraña escena de la noche precedente cuando se presentó de improviso a su esposa y a su hermano.)*

¡A mi llegada!...

¡Pronto!...

¡Beatriz! *(Buscando por todas partes.)*

REY

Se oculta entre la sombra espesa: no acudirá a tu voz. *(Al oído.)*

JAIME

*(Vacila: mira al Rey, mira a todas partes; al fin se acerca a la tumba de su padre.)*

¡Yo también quiero silencio!... ¡y soledad!... ¡muerte... y ti-  
[nieblas]

¡Acógeme en tu seno, padre mío!

¡Dame un beso de amor, uno siquiera!

¡Escultura que duermes, junta, junta a mi afrentada faz tu faz de piedra!

*(Caee sobre el sepulcro de su padre, abrazándose a la escultura yacente y uniendo su rostro al de ella. Pausa. Toda esta situación queda encomendada al actor y a su talento. Algo hay que hacer aquí: el autor no lo sabe: la inspiración del artista puede adivinarlo tan sólo.)*

Gracias, padre: me dió tu helado mármol cuanto a poder pedir yo le pidiera: el frío de la muerte. A tus mejillas de las mías pasó toda la afrenta.

Más yo te vengaré: me diste calma; yo te daré satisfacción completa.

REY

*(Acercándose y en voz baja.)*

Te perdono, Argelez.

JAIME (Lo mismo.) Ya no es posible  
ni perdonarme a mí, ni a «él», ni a «ella.»  
(En voz alta.)  
En vez de eso perdón, yo necesito  
una gracia no más.

REY Pide y no temas.

JAIME Dejadme castigar a los infames.

REY Consentid que una vez el juez yo sea...

REY Mi autoridad te doy: lo que dispongas  
se cumplirá.

JAIME Juradlo.

REY Por la eterna

memoria y por el alma de mi padre.

Que Dios, si falto, me lo tome en cuenta.

JAIME Gracias, señor. (Pausa.)

(Inclinándose ante el Rey como supli-  
cando.)

Salid de este recinto.

(A los demás.)

Al monarca seguid. La doble puerta  
a su cerco de bronce haced que ajuste.

REY ¿Y tú?

JAIME Me quedo aquí.

REY ¿Sólo?

JAIME (Con acento que el actor sabrá cuál de-  
be ser.)

¡Con «ella»!

y también con Manfredo. Ha de cumplirse,  
y con creces, señor, vuestra sentencia.

REY ¡La tuya! ¿Por qué causa?

JAIME Yo a la vida  
del monarca atenté. Mi torpe lengua  
a su corona osó.

(En voz baja.) (Yo fui quien, loco,  
por aquella mujer la fortaleza  
entregó al enemigo.

(El Rey le mira con sorpresa.) ¿No os pa-  
[rece

que a mi crimen se ajusta bien mi pena?)  
Jurásteis por don Jaime, vuestro padre.

REY ¿Tú lo quieres?

JAIME Lo exijo.

Salid.

REY Puen bien, sea

Salid.

(Al acompañamiento, que comienza a sa-  
lir muy lentamente.)

JAIME Señor, la mano.

REY

Toma, Conde.

*(Se arrodilla y besa la mano del Rey.)*  
Aún es tiempo.

JAIME

Ya no. Vedlos: «esperan.»  
*(Señalando a Beatriz y a Manfredo, que están en un ángulo.)*

REY

¡Que Dios cuándo te juzgue por tus faltas, tu amor y su maldad reciba en cuenta!  
*(Sale también por el fondo. Se ve subir lentamente por la escalera una masa de caballeros, pajes, luces y pendones. Es la vida que sube y se ve como expresan los siguientes versos. Don Jaime va al último término. Siempre procurando ocultarse Beatriz y Manfredo; la actitud de ambos queda encomendada a los actores.)*

JAIME

Ya la luz, ya la vida, ya las pompas del mundo, y sus honores y grandezas: ya del arnés el fulgurante brillo, ya el soberbio ondular de las banderas, ya todo huye de mí; ya todo sube de mi viejo castillo a las almenas.  
¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas, seres que allá volvéis a la existencia, imágenes de luz y de colores, tornad al sol, yo quedo en las tinieblas!  
*(Cerrando él mismo la puerta del fondo: se oye el rechinar de los goznes y el choque metálico al encajar. Esto es preciso, porque es de buen efecto. Queda el panteón iluminado tan sólo por la antorcha del sepulcro; en un rincón Beatriz y Manfredo: en el centro don Jaime.)*

¡Cruge, puerta de bronce, negra valla que entre dos mundos el camino cierras! No volverás a abrirte, que tu llave a un abismo sin fin conmigo rueda.

*(Arroja la llave en el pozo. Pausa.)*

¡Ya estamos en el seno de la muerte,  
*(A Beatriz y a Manfredo, pero sin acercarse a ellos y con acento terrible.)*

caiga deshecha en polvo la materia; almas, mostrad lo que en la vida fuísteis: si espíritus, la luz; si tierra, tierra!

ESCENA X

BEATRIZ, DON JAIME y MANFREDO

JAIME Para hacerme traición habéis tenido no más que rapidísimos momentos, para vengarme yo y atormentaros tengo ante mí la eternidad del tiempo. Acércate, Beatriz: ven a mis brazos, *(Le obedece Beatriz maquinalmente pero con lentitud.)* esposa de mi amor, luz de mi cielo, la de la tersa frente alabastrina, la del nevado y pudoroso seno. Ven a mí: más aún. *(Al fin la coge y la sujeta fuertemente entre sus brazos.)*

Quiere tu Jaime de esa antorcha contar a los reflejos, sobre tu suave cutis nacarado, de tu amante feliz todos los besos. *(Le arroja la cabeza hacia atrás y le acerca la luz; ella lucha por ocultar el rostro y por separarse de don Jaime.)* ¡No te separes, no: si no es posible! ¡Si siempre ya los tres hemos de vernos unidos por los mismos eslabones de infamia y de dolor en el infierno! Habla, Beatriz, ¿por qué fuiste traidora? ¡Habla pronto! ¿Por qué? ¿por qué?

BEATRIZ No puedo: un nudo en la garganta...

JAIME ¡En la garganta, en ella con mis manos debí hacerlo la vez primera en que de amor ya loco ceñí mis brazos a tu blanco cuello! ¡Beatriz! ¿No me contestas? ¿Que no [puedes] Pues descansa, respira, toma aliento: si no quiero que mueras todavía: si quiero oír tu voz, si escuchar quiero cómo mientes, y finges, y me acusas: descansa... ya hablarás... *(La arroja a un lado, haciéndola pasar por delante con extrema violencia, y llama con la mano a Manfredo.)*

Ven tú, Manfredo.



(*Manfredo, que ya estaba muy cerca, se aproxima.*)

Y en tanto que la sierpe sus anillos  
prepara y que destila su veneno,  
cuéntame tú de la traición infame  
los lances mil, dulcísimos y tiernos.  
¡Todo! ¡todo! ¿Comprendes? Allá arriba  
mi deshonra saber y hundir mi hierro  
en aquel corazón y en tu garganta  
hubieran sido rápidos momentos;  
pero aquí, ¿para qué? Si estamos solos:  
si escapar no podéis; si ya hemos muerto:  
¡si este es el solo goce que me resta  
al bajar con vosotros al averno!  
¡Habla, hermano! ¿También tú desfalleces  
como débil mujer o niño enfermo?  
¡«Como niño»! ¡No hay más! Es que re-

[cuerdas

de nuestra infancia los alegres juegos.  
El que ahora duerme allí, en sus rodillas  
(*Señalando el sepulcro.*)

a los dos nos tomaba, y algún cuento  
refería de moros o gigantes  
del ancho hogar junto al rojizo fuego.  
Con sus robustas manos acercaba  
tu cabeza a la mía... ¡así, Manfredo!  
(*Hace lo que dice con feroz complacencia,  
juntando mucho su cabeza a la de su her-  
mano. Beatriz los contempla con terror.*)  
y en una sola, espléndida madeja,  
tu cabello abarcaba y mi cabello.

Ahora escuchar le toca en ese mármol,  
quizá le ha despertado nuestro acento,  
y para oír mejor, hacia la piedra  
arrastrándose van sus pobres huesos.  
¡Háblale de tu infamia y mi deshonra!  
¡Devuélvele a tu vez «cuento por cuento»!  
Pero el tuyo ha de ser largo, muy largo:  
¡que no acabe jamás! Ya ves, el tiempo  
es como tu traición y mi desdicha,  
¡inagotable, inconcebible, eterno!

MANF.

Di pronto qué prefieres, ¿darme muerte  
o que me mate yo? Si lo primero  
toma y clava. (*Presentándole un puñal.*)

Si es acaso lo segundo,

JAIME

dilo, y yo mismo lo hundiré en mi pecho.  
Junto a la de Roger, dijo el monarca  
que abierta está una fosa.

MANF.

Basta: entiendo

JAIME

Yo daré luz a tu camino; hermano.  
(Arranca don Jaime la antorcha del sepulcro, viene al centro del escenario y la levanta en alto; Manfredo, apretando el puñal contra su pecho, con la cabeza baja, pero mirando hacia atrás como para ver a su hermano, se dirige a una de las galerías laterales.)

¡Adiós, Caín! No tuerzas tu sendero.

MANF.

¡Adiós! Si soy Caín por mi delito, no lo soy por odiarte.

(Con cierta ternura, y ya desde dentro.)

JAIME

¡Adiós, Manfredo!

(Se oye el ruido de un cuerpo que cae.)

¡Cuánto en el mundo amé!

(Después de mirar a Beatriz, que permanece inmóvil en el centro, y también hacia el sitio en que se supone que cayó Manfredo.)

¡Luz, ya me sobras!

(Arroja la antorcha hacia la izquierda, se apaga y queda la escena completamente a oscuras; da algunos pasos, se oprime la cabeza con las manos; arranque de desesperación, que el actor interpretará.)

¡Y tú también me sobras, pensamiento!

(Se hiere en el pecho, da unos pasos vacilante y va a caer junto al sepulcro. Beatriz se acerca.)

## ESCENA XI

### DON JAIME y BEATRIZ

BEATRIZ ¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡Por piedad! (Buscándolo.)

(Al fin le encuentra, le abraza y le sostiene.)

JAIME

¡Me encontraste!... ¡Buena suerte!

Antes se encuentra la muerte que no la felicidad.

¡Adiós! Vete. (Rechazándola.)

BEATRIZ

¡No ha de ser!

¡Antes, Jaime de morir, (Desesperada.)

quiero hablarte!... ¿Vas a oír?

Dime, ¿y me vas a creer?

JAIME           ¿Créerte?... ¡Bah!... ¿Por qué no?  
La mentira inútil fuera;  
con aguardar a que muera;  
te bastaba. Pero no:  
*(Beatriz se prepara a decir algo. Jaime la*

*interrumpe.)*  
responde y no digas nada,  
que no hay tiempo para todo,  
y llega el fin de tal modo  
que mi vida está acabada.

BEATRIZ       ¿Si supieras?...

JAIME                                       ¡Basta; aquí...  
*(Llevando la mano a la garganta.)*

siento de sangre una ola!

¿Has de contestarme?

BEATRIZ                                       Sí.

JAIME       Manfredo murió también,  
y tú pronto morirás:  
al morir... ¿dónde caerás?

BEATRIZ       A tu lado.

JAIME                                       ¿Sí? Pues ven...  
acércate... ¡No es mentira?  
Responde. *(Incorporándose.)*

BEATRIZ                                       ¡No!

JAIME                                       Y entre tanto,  
¿dónde correrá tu llanto?

BEATRIZ       ¡Sobre tu cuerpo!

JAIME                                       Pues mira...

Abraza mi cuerpo inerte...

y no ceses de... llorar...

que así... vinimos a dar...

en el seno... de la muerte.

*(Cae muerto sobre el banco de piedra, y*

*Beatriz se abraza a él sollozando. Hasta*  
*que el telón baje por completo deben oírse*  
*sus horribles y desesperados sollozos.)*

FIN DEL DRAMA

## OBRAS DE DON JOSÉ ECHEGARAY

---

- El libro talonario**, comedia en un acto, original y en verso.
- La esposa del vengador**, drama en tres actos, original y en verso.
- La última noche**, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
- En el puño de la espada**, drama trágico en tres actos, original y en verso.
- Un sol que nace y un sol que muere**, comedia en un acto, original y en verso:
- Cómo empieza y cómo acaba**, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
- El gladiador de Ravena**, tragedia en un acto y en verso, imitación.
- O locura o santidad**, drama en tres actos, original y en prosa.
- Iris de paz**, comedia en un acto, original y en verso.
- Para tal culpa tal pena**, drama en dos actos, original y en verso.
- Lo que no puede decirse**, drama en tres actos, original y en prosa.  
(Segunda parte de la trilogía.)
- En el pilar y en la cruz**, drama en tres actos, original y en verso.
- Correr en pos de un ideal**, comedia original, en tres actos y en verso.
- Algunas veces aquí**, drama original, en tres actos y en prosa.
- Morir por no despertar**, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
- En el seno de la muerte**, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
- Bodas trágicas**, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.
- Mar sin orillas**, drama original, en tres actos y en verso.
- La muerte en los labios**, drama en tres actos y en prosa.



**El gran galeoto**, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

**Haroldo el normando**, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

**Los dos curiosos impertinentes**, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

**Conflicto entre dos deberes**, drama en tres actos y en verso.

**Un milagro en Egipto**, estudio trágico, en tres actos y en verso

**Piensa mal... ¿y acertarás?**, casi proverbio, en tres actos y en verso.

**La peste de Otranto**, drama original, en tres actos y en verso.

**Vida alegre y muerte triste**, drama original, en tres actos y en verso.

**El bandido Lisandro**, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.

**De mala raza**, drama en tres actos y en prosa.

**Dos fanatismos**, drama en tres actos y en prosa.

**El conde Lotario**, drama en un acto y en verso.

**La realidad y el delirio**, drama en tres actos y en prosa.

**El hijo de carne y el hijo de hierro**, drama en tres actos y en prosa.

**Lo sublime y lo vulgar**, drama en tres actos y en verso

**Manantial que no se agota**, drama en tres actos y en verso.

**Los rígidos**, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.

**Siempre en ridículo**, drama en tres actos y en prosa.

**El prólogo de un drama**, drama en un acto y en verso.

**Irene de Otranto**, ópera en tres actos y en verso.

**Un crítico incipiente**, capricho cómico en tres actos y en prosa.

**Comedia sin desenlace**, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.

**El hijo de don Juan**, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.

**Sic vos non vobis o la última limosna**, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.

**Mariana**, drama original en tres actos y un epílogo, en prosa.

**El poder de la impotencia**, drama en tres actos y en prosa.

**A la orilla del Mar**, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.

**La rencorosa**, comedia en tres actos y en prosa.

- 28
- Maria-Rosa**, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción).
- Mancha que limpia**, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.
- El primer acto de un drama**, cuadro dramático, en verso.
- El estigma**, drama en tres actos y en prosa.
- La cantante callejera**, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.
- Semíramis o la hija del aire** (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
- Tierra baja**, drama en tres actos y en prosa. (Traducción).
- La calumnia por castigo**, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.
- La duda**, drama original, en tres actos y en prosa.
- El hombre negro**, drama original, en tres actos y en prosa.
- Silencio de muerte**, drama original, en tres actos y en prosa.
- El loco Dios**, drama original, en cuatro actos y en prosa.
- malas herencias**, drama original, en tres actos y en prosa.
- La escalinata de un trono**, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.
- La desequilibrada**, drama original, en tres actos y en prosa.
- A fuerza de arrastrarse**, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.
- Entre dolora y cuenta**, monólogo.
- El moderno Endimión**, ídem.
- El canto de la sirena**, ídem.
- El preferido y los cenicientos**, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguienza.











1877

1878

✓

...

...

202193

Echegary, José  
Los rigidos, etc.,....

LS  
E184r1

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

*J. R. Skelton*

